



Cartas de invierno

Agustín Fernández Paz

Lectulandia

El pintor Adrián Novoa decide comprar una casa en una aldea de Galicia, a raíz de una apuesta con su amigo Xavier, un escritor. A través de las cartas que el pintor le dirige a su amigo, se vislumbra un gran misterio que amenaza con atraparlos irremediabilmente.

Una novela, reflejo de las historias clásicas de terror, que es un claro homenaje al genial autor H. P. Lovecraft.

Lectulandia

Agustín Fernández Paz

Cartas de invierno

ePub r1.0

karq 24.10.16

Título original: *Cartas de invierno*

Agustín Fernández Paz, 1995

Diseño de cubierta: karq

Editor digital: karq

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Los ojos de Teresa Louzao se iluminaron cuando leyó el remite del voluminoso sobre acolchado que le acababa de entregar el cartero. Ver escrito el nombre de su hermano, del que no tenía noticias desde hacía casi dos meses, le quitó un peso de encima. Tanta tardanza ya le extrañaba, porque Xavier, estuviese donde estuviese, incluso durante aquella larga estancia en Quebec, nunca dejaba pasar más de dos semanas sin llamarla o sin escribirle unas líneas, aunque sólo fuese una postal. Estaban muy unidos desde la infancia, a pesar de la diferencia de edad, y ese lazo, lejos de aflojarse, no había hecho más que estrecharse con el paso del tiempo.

Casi inconscientemente, dirigió su mirada hacia las fotos que tenía encima del aparador de la sala y le vino a la memoria la broma que Xavier hacía siempre que iba a su casa y veía aquel montón de fotos enmarcadas, dispuestas como desordenadas piezas de un rompecabezas:

«¿Qué tal sigue el panteón de los recuerdos familiares?». Repasó una vez más aquellas imágenes que guardaban tantos momentos de su vida: los dos hermanos al lado de su padres, en la huerta de la casa familiar; Xavier con ella, en el que debía de ser su decimotercer cumpleaños; Xavier firmando libros, rodeado de gente; ella y la madre, el verano anterior a la muerte de ésta... Como otras veces, la mirada de Teresa acabó deteniéndose en la foto en la que ella estaba entre Adrián y Xavier, en la pequeña capilla del monte de San Roque. Se acordaba bien del día en que la habían sacado, en la romería de agosto. Acababa de cumplir dieciséis años y tenía la sensación de tener la vida entera por delante. ¡Qué lejos quedaba ahora todo! En aquel verano Adrián y Xavier habían empezado a aceptarla como compañera en sus excursiones, y así fue como Teresa confirmó lo que de forma inconsciente intuía desde hacía tiempo: que estaba enamorada irremediablemente de Adrián y que, con certeza, ese amor habría de acompañarla toda la vida.

Movió la cabeza con gesto enérgico, como si quisiera apartar la tristeza que la invadía siempre que pensaba en Adrián, y volvió a mirar el sobre. El remite indicaba que Xavier estaba de vuelta en Galicia, aunque, en principio, Teresa no supo localizar con seguridad el lugar cuyo nombre venía escrito debajo del de su hermano: Doroña-Vilarmair. ¿No quedaba eso por la parte de Monfero, allá en la tierras altas del Eume? «Ya lo buscaré luego en el mapa», pensó mientras abría el sobre acolchado. Esperaba encontrarse con una nueva publicación o con ejemplares de alguna traducción de cualquiera de los libros de su hermano. Xavier no olvidaba nunca que a ella le gustaba tener una muestra de todo lo que publicaba, aunque, como ocurría con frecuencia, fuesen ediciones en idiomas que desconocía.

Pero el contenido del sobre era muy diferente al de otras veces. Dentro venía otro sobre parecido, de dimensiones un poco menores que el que acababa de abrir, acompañado de un folio escrito con la letra menuda de su hermano. El sobre pequeño estaba cerrado, y la solapa de cierre aparecía reforzada con una ancha cinta adhesiva,

como si se quisiera proteger especialmente su contenido. Teresa dejó los sobres en la mesa, se sentó en una silla y se dispuso a leer el mensaje que le mandaba Xavier.

Querida Teresa:

Disculpa que sólo te escriba unas apresuradas líneas y no una carta más extensa, como seguramente esperarías. Te sorprenderá que no te cuente nada de mis andanzas durante estas últimas semanas, pero es más urgente lo que tengo que decirte. Sabes que eres la única persona en la que puedo confiar enteramente, por eso recurro a ti ahora, para hacerte estas dos peticiones sin necesidad de tener que explicarte nada más.

La primera petición es que por nada del mundo abras el sobre que acompaña a esta nota. Ya sé que no es normal pedirte una cosa así, pero confío en que entiendas que tengo motivos poderosos para hacerlo.

La segunda petición también te sorprenderá, pero sabes que no te la haría si no lo considerase necesario. Si ves que, una semana después de recibir esta carta, yo aún no me he puesto en contacto telefónico contigo, vete a la comisaría de Vigo y pregunta por el inspector Soutullo. Cuando hables con él, cuéntale que eres mi hermana y entrégale el sobre que te envió. No tengas reparo en hacerlo. Soutullo es amigo mío y hace tres años nos tratamos mucho, durante aquellos meses en que yo estuve ahí documentándome para escribir *La derrota de la esperanza*; incluso creo que te lo presenté una vez. Sé que Soutullo examinará con atención todo lo que le envió y sé también que sabrá lo que debe hacerse después.

Te pido que no abras el sobre, pero no puedo impedir que, si llegas a verte obligada a entregárselo a Soutullo, puedas conocer su contenido. Aunque, por tu bien, te rogaría que no lo hicieses, porque no sería capaz de soportar el dolor que podría causarte. ¿Te acuerdas de nuestro primer viaje a Barcelona, en el otoño del 69, cuando compré *Los mitos de Cthultu* en aquel quiosco de las Ramblas y pude leer por vez primera los relatos de Lovecraft? Tú me decías, viendo mi entusiasmo, que no sabías cómo era capaz de leer aquellas historias que tanto te desagradaban. Siempre te contestaba que era lógico que a ti no te gustasen, porque cometías el error de creer que lo que contaban podía ser real. Pues bien, ahora, mientras te escribo, no sé si desde la locura o desde una pesadilla, si desde un mundo irreal o desde esta aldea de Vilarmajor, tengo que decirte que quizá Lovecraft tenía razón, que quizá tú tenías razón, y que hay cosas en este mundo que tal vez nunca seamos capaces ni siquiera de imaginar.

Pero también puede ser que todo lo que te estoy escribiendo sea sólo el producto de una extraña pesadilla que me obsesiona. Es posible que de aquí a unos días los dos podamos estar juntos otra vez, riéndonos de estas líneas y del contenido del sobre que te envió. O quizá, querida hermana, lo que tus ojos están leyendo sean las últimas palabras que yo escriba.

Ahora, al acabar esta nota, pienso que todavía podría huir de aquí y volver al mundo real, que aún estoy a tiempo de hacerlo. Pero eso significaría dejar a Adrián abandonado a su suerte, desoír el mensaje que me envió. Y no puedo hacerlo, sobre todo después de leer la carta, o lo que sea, que acabo de encontrar en el cuarto de abajo. Pero no sé por qué te digo esto yo, que juré no darte preocupaciones, porque para entender lo que te estoy contando tendrías que leer los papeles que contiene el sobre. Es mejor que no lo hagas, pero eres mi hermana y no puedo impedir que, llegado el momento, los leas si ése es tu deseo. Quizá entonces entiendas por qué, en estas horas finales, la angustia y el miedo vuelven a recorrer de forma incesante todo mi cuerpo.

Adiós, querida hermana. Recibe el abrazo más fuerte del mundo, y ojalá no sea el último que nos demos.

Xavier.

El rostro de Teresa se ensombreció más y más a medida que avanzaba en la lectura de la carta, y un intenso desasosiego se fue apoderando de ella. ¿Qué era lo que le quería decir Xavier en aquellas líneas? ¿Qué significaban las inquietantes referencias a Adrián? ¿Y a qué venían las alusiones a Lovecraft, el autor de aquellas novelas que —¡hacía ya tantos años de eso!— Xavier devoraba con pasión y que ella nunca había sido capaz de terminar? ¿Era un nuevo juego de su hermano, tan acostumbrado a seducir por medio de las palabras? El corazón le decía, sin embargo, que lo que acababa de leer era algo más que un ejercicio literario, y que sería inevitable convivir en los próximos días con aquel desasosiego que sentía.

Capítulo 2

Durante los dos días siguientes, Teresa trató de hacer su vida habitual. Mientras estaba en el centro de salud, ahogada por la cantidad de trabajo que tenía, conseguía olvidar la carta de Xavier, pero cuando llegaba a su casa y reparaba en el sobre cerrado, bien visible encima del aparador de la entrada, las palabras de su hermano volvían a hacerse presentes y el desasosiego la atrapaba de nuevo, cada vez con mayor intensidad. ¿Por qué Xavier no confiaba en ella? ¿Y porqué sí en aquel desconocido Soutullo, teniendo tantas amistades en Vigo? Todo parecía indicar que Xavier y Adrián estaban metidos en algún asunto poco claro; quizá ésa era la razón por la que no deseaba que ella interviniese. ¿Y si, por obedecerle y esperar los siete días, les sucedía algo a los dos?

Quizá la idea de abrir el sobre comenzase a aflorar en su interior en el preciso momento en que acabó de leer la carta de su hermano; quizá aquellos dos días sólo habían servido para que esa idea creciese dentro de ella hasta hacerse insoportable. Al tercer día, incapaz de aguantar más, Teresa decidió incumplir la petición de su hermano. Era sábado, tenía libre el día entero, y la perspectiva de pasar todo el fin de semana pensando en Xavier y en el contenido del sobre era superior a sus fuerzas. No podía esperar a que pasasen tantos días; Xavier no debió haberle pedido una cosa así. Llegado el caso, si le reprochase su impaciencia, siempre le podría decir que él era el verdadero responsable, ya que ella sólo había abierto el sobre porque el contenido de la carta la había inquietado profundamente.

Cogió el sobre cerrado y le dio varias vueltas, lo palpó tratando de adivinar qué había en su interior. Parecía que sólo contenía papeles, quizá dentro no hubiese más que un nuevo manuscrito. Después de un momento de indecisión, cortó con las tijeras la cinta adhesiva, despegó la solapa del sobre y lo abrió. Vacío su contenido encima de la mesa y lo examinó con atención. Había unos pocos folios escritos por Xavier; aquella letra menuda y apretada era inconfundible. Había también varias cartas, todas dirigidas al apartado de correos que su hermano tenía en Compostela; los sobres estaban abiertos, señal de que ya las había leído él. El corazón de Teresa se puso a latir más aceleradamente cuando reconoció la letra de los sobres, aquella letra tan querida. Porque el remitente era siempre él mismo, Adrián Novoa, aunque variaban las direcciones. Algunas cartas venían del extranjero, pero la mayoría tenían el mismo remite que ya había leído en la carta de Xavier: Doroña-Vilarmajor. Finalmente, había otro sobre acolchado más pequeño, del tamaño de una cuartilla, con numerosas fotos dentro. Teresa les echó un vistazo rápido y notó con sorpresa que todas eran muy parecidas, como si formasen parte de una misma serie.

Le entró la tentación de leer primero las cartas de Adrián, pero pensó que lo mejor sería comenzar por las hojas que había escrito su hermano; quizá estuviese en ellas la explicación de tanto misterio. Tratando de dominar sus nervios, las cogió y comenzó a leer.

Si alguien está ahora leyendo estas páginas, será señal de que mi hermana se ha visto en la obligación de incumplir la petición que le hice en mi última carta. Y será también señal de que preocuparse por mi vida, que ahora corre peligro extremo, quizá no tenga ya ningún sentido.

Comienzo a escribir estas líneas con la seguridad de que me quedan muy pocas horas de vida, o de lo que nosotros llamamos vida. Algo tengo que hacer durante esta corta espera, mientras no venga la noche y traiga consigo el horror que ya adivino. Puede que sea una tontería que pierda este tiempo escribiendo, sin buscar la forma de ofrecer resistencia, si es que la hay. Pero lo que sé hacer bien es escribir, ése es mi oficio. ¿Cómo no aprovechar estas breves horas para contar el motivo de todo mi espanto, para dejar constancia en estos papeles de los ominosos secretos que esconde esta casa? Sobran razones para que trate de escribir aquí todo, sin omitir ni siquiera los detalles que puedan ser familiares para los que me conozcan. De alguna manera, tengo la impresión de que, en realidad, a quien le estoy escribiendo es a la humanidad entera.

Me llamo Xavier Louzao. Cualquiera que haya leído los periódicos en estos últimos años sabe de sobra quién soy, sobre todo si tiene algún interés por la literatura. Soy un escritor de fama, mis novelas están traducidas a los principales idiomas del mundo y, en consecuencia, gozo de un amplio reconocimiento social y mi situación económica es envidiable. Sé muy bien que todo esto tiene mucho que ver con el azar, todavía no estoy tan loco como para pensar que todo mi éxito se lo debo a mis cualidades literarias. El mundo está lleno de casualidades, y fue una casualidad que Michael Outsider, el célebre director de cine, fuera descendiente de gallegos y viniera a pasar una temporada a Fisterra, el lugar de sus antepasados. Mayor casualidad aún fue que yo estuviera por allí, tomando notas para una novela, y que acabásemos conociéndonos y haciéndonos amigos. Una amistad que lo llevó a interesarse por lo que yo escribía y a comprarlos derechos para llevar al cine *La señal roja*, mi tercer libro. El éxito mundial de la película fue lo que motivó que esta obra se tradujese rápidamente al inglés, y después a un montón de idiomas. Y, como ocurre con las cerezas de un cesto, detrás de ella vino el interés por mis otros libros, nuevas películas y todo lo demás. Todavía hoy me río de los que me decían que, al publicar en gallego, estaba poniéndome fronteras, porque escribir en un idioma minoritario era una labor inútil. Como si yo no supiese bien que el valor de una obra nada tiene que ver con la lengua en la que está escrita, y que el éxito de un libro es algo que depende más de los canales de distribución que del idioma en que se escribe. Pero no es de mí de quien quería hablar, ni mucho menos. En realidad, de quien debo hablar es de mi amigo Adrián, de Adrián Novoa, el famoso pintor. Podría contar sólo mi relación con él en este último año, pero me parece importante, para que se entienda bien todo lo que me está pasando, detenerme un poco en nuestras trayectorias vitales, que tienen muchas cosas en común.

Nuestra amistad viene de lejos, de los años de la infancia, cuando los dos

vivíamos en Viveiro. Allí fuimos juntos a la misma escuela e hicimos el bachillerato soportando a los mismos profesores. Cuando llegó la hora de ir a la universidad, los dos seguimos caminos diferentes. Él se fue a Madrid, con la intención de hacer Bellas Artes, y yo a Barcelona, en donde me matriculé en la facultad de Filosofía.

Sin embargo, nuestros caminos, a la hora de la verdad, no fueron tan diferentes, porque ninguno de los dos conseguimos acabar la carrera. Yo decidí muy pronto que lo importante en mi vida era la escritura. Cuando empecé a notar que lo que me obligaban a estudiar más bien respondía a un meticuloso plan para eliminar mi pasión por saber, huí de las aulas y pasé por distintos empleos que lo único que tenían en común era que me dejaban abundante tiempo libre para escribir. Por su parte, Adrián decidió abandonar aquella facultad en la que le hablaban de un arte que para él ya no tenía sentido y centrarse en la única actividad que realmente le interesaba: la pintura. Recorrió medio mundo en una incesante búsqueda de lo que él llamaba los orígenes; doy fe de sus peregrinaciones porque sus cartas y postales me llegaban desde los diferentes domicilios que tuvo en las ciudades más alejadas: Nueva York, Berlín, Ankara; Copenhague, París, Los Ángeles... Al mismo tiempo, en la prensa comenzaron a aparecer noticias sobre él, noticias que informaban del éxito, cada vez mayor, que alcanzaban sus exposiciones. La portada de Newsweek, a comienzos de los ochenta, coincidiendo con su exposición en la National Gallery, fue la señal de su consagración definitiva.

Por aquel entonces, después de una corta estancia en Londres, yo ya me había instalado definitivamente en Compostela, decidido a desarrollar mi labor creativa en la capital del país. Mis comienzos también fueron duros porque, aunque muy pronto conseguí brillar en la cultura gallega —incluso una editorial barcelonesa tradujo dos de mis obras—, lo cierto era que mi situación económica no pasaba de mediocre. Si no llega a ser por la ayuda de Teresa, que ya trabajaba como médica y que siempre tuvo fe en mí, las dificultades podrían haber sido insalvables. Después vino mi encuentro con Outsider y el comienzo de mi fulgurante carrera internacional; siete años hace ya de todo esto.

Me doy cuenta de que lo que he escrito hasta este momento se parece mucho a un reportaje sobre las andanzas de dos personajes famosos. Pero creo que es necesario contar todo lo anterior para que quien me esté leyendo entienda cabalmente lo que viene a continuación. Lo que realmente quiero contar arranca el verano pasado, cuando Adrián y yo coincidimos, como todos los años, en nuestro Viveiro natal.

«Viveiro, primera quincena de agosto». Éstas eran unas fechas intocables en nuestras agendas. Hace años que sellamos aquel pacto, destinado a consolidar nuestra amistad, con la promesa de que nunca lo romperíamos. Y, hasta el día de hoy, los dos hemos sido siempre fieles a él.

Este agosto Adrián venía de clausurar una nueva exposición en Tokio, con el éxito acostumbrado. Yo había pasado todo el invierno encerrado en casa, trabajando en el manuscrito de mi nueva novela, que estaba ya casi acabada. Nuestro encuentro

en Viveiro fue tan agradable como siempre. Aunque los dos éramos personajes famosos, y hasta se decía que en el ayuntamiento tenían la intención de ponerle nuestros nombres respectivos a sendas calles de la villa, lo cierto es que la gente hacía lo posible por no incomodarnos con molestos reconocimientos, de manera que podíamos hacer una vida normal, como si fuésemos dos vecinos más.

Una tarde, sentados en la terraza del Metropol, Adrián me confesó que, después de tantos años, estaba comenzando a entender las razones que me habían llevado a instalarme en Compostela. Sentía que, después de pasar media vida alejado de Galicia, necesitaba de nuevo el contacto con las raíces, necesitaba energías para explorar nuevos caminos en su pintura y evitar el peligro de la repetición. Supongo que en ese cambio influiría el ofrecimiento que le acababan de hacer, el de inaugurar el Centro Gallego de Arte Contemporáneo con una exposición de su obra, y que había aceptado con entusiasmo. A mi amigo le había entrado el miedo de no estar a la altura que la ocasión requería. Me dijo que estaba pensando en abandonar sus dos estudios (repartía la mayor parte del año entre los domicilios que tenía en Berlín y Trieste) y buscar una casa en Galicia, para instalarse en ella definitivamente. «Me da igual el lugar, siempre que no sea una ciudad», me había dicho. «Quiero darle un giro a mi obra y me gustaría un lugar que estuviera en plena naturaleza. Un sitio en el que me sienta libre, sin el temor a que nadie me moleste».

La culpa la tuve yo, hoy lo veo con claridad.

Si me hubiese callado o le hubiese recomendado cualquier agencia inmobiliaria, no estaría ahora aquí, escribiendo mientras siento que el miedo crece dentro de mí, de la misma manera que crece la niebla que algunas tardes de verano viene desde el mar y en poco tiempo ocupa la villa entera. Pero estábamos en la terraza del Metropol, como ya he dicho, dejando pasar las horas mientras contemplábamos las idas y venidas de la gente que en aquellas horas llenaba la plaza. Yo leía distraídamente el periódico; tengo la manía de hojear todos los que se me ponen por delante, no puedo evitarlo. Y, casi sin querer, mi vista se detuvo en aquel anuncio; un anuncio minúsculo que, sin embargo, parecía destacar entre los otros, como si, pienso ahora, estuviese dotado de un aura enigmática.



VENDO casa embrujada, absténganse curiosos y bromistas.

«Aquí tienes la solución a tu problema», le dije. «¿Por qué no compras esta casa?». Adrián se volvió hacia mí con mirada ausente, pero, de forma mecánica, atendió mi indicación y cogió el periódico. Después de localizarlo entre aquella

profusión de mensajes, leyó el anuncio que yo le había señalado. «Mira que hay gente con ganas de liarla», comentó mientras se reía por lo bajo.

Pero yo, con terquedad, le insistí: «¿No dices que quieres tranquilidad? Pues estoy seguro de que nadie se va a acercar a una casa de este tipo. ¿O es que no te atreves a comprarla?». Adrián me miró fijamente, con un brillo extraño en la mirada. «¿Qué te apuestas a que la compro? Con fantasma incluido, naturalmente». Supe que mi amigo hablaba en serio; conocía muy bien aquella mirada suya. Me pareció que el juego ya había llegado demasiado lejos y traté de quitarle hierro al asunto: «Déjalo estar, hombre; ¿no te das cuenta de que no es más que una broma pesada? Seguramente es una broma de chiquillos. ¡Casas encantadas que se venden a través de anuncios! ¿Dónde se ha visto?». Pero él, sin hacerme caso, sacó del bolsillo una pequeña agenda y anotó en ella el número de teléfono del anuncio. Yo, por mi parte, obedeciendo a ese impulso que me lleva a guardar cualquier papel impreso que me llame la atención, recorté con los dedos aquel trozo de la página y lo guardé en mi cartera. Después, mi amigo cambió de conversación y no hablamos más del tema.

Pasaron las dos semanas de vacaciones y Adrián decidió volver a Berlín, donde tenía que acabar unos murales que le habían encargado para el Art Museum de Bruselas. Quedó en escribirme a Santiago, para contarme cómo iban sus proyectos de regresar a Galicia. Con lo que él no contaba, ni yo tampoco, fue con aquella oportunidad que me surgió un poco antes del otoño: una invitación de Antón Risco, a quien había conocido en un reciente congreso del Pen Club, para irme una temporada como profesor visitante a la Universidad de Laval, en Quebec, con el único compromiso de impartir unas charlas semanales sobre mi proceso creativo. Algo que me obligaría a estar fuera de Compostela, fuera de Galicia, durante seis meses.

Volví en abril, satisfecho de mi invierno canadiense. Las clases apenas me habían dado trabajo, como ya había supuesto. Me había hecho amigo de algunos profesores del departamento (en especial de Josephine, pero ésa es otra historia) y, sobre todo, había conseguido rematar el borrador de un nuevo libro, un conjunto de relatos en los que, en clave de humor, intentaba contar la alarmante pérdida de identidad de la gente de este país.

El día que llegué, después de dejar las cosas en casa, me fui a la oficina de correos para recoger las cartas que habrían llegado durante mi ausencia. En el apartado de correos sólo había una pequeña nota, en la que se me pedía que hablase con el encargado. Así lo hice. Aquel hombre me dijo que se había visto obligado a dejarme esa nota porque, a las pocas semanas de irme, la correspondencia ya no cabía en el reducido espacio del apartado. Él había ido reuniendo todo lo que llegaba a mi nombre para entregármelo cuando yo apareciese por allí. Me pidió que esperase un momento y, al poco tiempo, volvió con una enorme caja de cartón, llena de cartas hasta rebosar. Le di las gracias por su amabilidad e insistí en que aceptase una propina; me sentía culpable por recibir tal cantidad de correspondencia.

Salí de la oficina llevando conmigo aquella pesada caja. Como no había contado

con esa complicación, había ido a pie y, para colmo, había comenzado a llover como solamente lo puede hacer en Compostela en abril. Calado hasta los huesos, pude llegar hasta la Porta Faxeira, en busca de un taxi. Tuve suerte y pronto encontré uno, y al poco tiempo las cartas y yo estábamos en casa.

Dediqué las horas siguientes a airear el piso y a buscarle acomodo a todo lo que había traído.

Cuando acabé, preparé una cena fría, hice café y, entre bocado y bocado, me puse a examinar toda aquella correspondencia.

El encargado de correos muy bien se podría haber ahorrado la caja y las molestias, porque, entre aquella montaña de cartas, la mayor parte eran folletos publicitarios o notificaciones bancarias. Viendo tal montón de papeles no resultaba difícil adivinar quiénes eran los verdaderos responsables de la deforestación mundial. Después de hacer una limpieza entre tanto papeleo inútil, me quedé con unas pocas cartas en la mano. Algunas eran de mi agente editorial y otras, de personas que habían leído algún libro mío y que me escribían por diferentes motivos.

Había también dos cartas de mi hermana, ya que me había marchado a Canadá sin avisarla. Pero la mayoría pertenecía a Adrián; reconocí rápidamente su letra, grande y ampulosa. Eran, en total, ocho cartas. Una de ellas venía de Berlín y otra, de Trieste; hasta ahí nada raro, dado que éstos eran los dos domicilios estables de mi amigo. Pero todas las demás traían el mismo remite: «Adrián Novoa. Doroña-Vilarmaior». ¡Así que por fin había vuelto a Galicia! Me llamó la atención aquella dirección. ¿Qué se le habría perdido a Adrián en Vilarmaior? Ordené las ocho cartas fijándome en las fechas del matasellos, para poder leerlas cronológicamente. La primera estaba escrita dos semanas después de mi marcha a Quebec. La última, sin embargo, la había echado al correo hacía sólo unos días.

Llevaba mucho tiempo sin tener noticias de mi amigo; claro que la culpa era mía por no haberle dicho nada sobre mi ausencia. La verdad es que en la universidad apenas me había acordado de él. Durante todos aquellos meses otras preocupaciones e intereses nuevos habían entrado en mi vida, haciéndome olvidar temporalmente todas las referencias que había dejado en Galicia.

Pero ahora tenía muchas ganas de saber cómo le había ido y qué estaba haciendo, así que me senté en el sofá y me dispuse a leer las cartas de Adrián.

Capítulo 3

Berlín, 25 de octubre.

Xavier Louzao.

Santiago de Compostela.

Querido Xavier:

Si vas a Viveiro, ya puedes ir diciéndole al del Metropol que compre una barrica muy grande de sidra, porque la apuesta está ganada y pienso estar bebiendo a tu salud todos los días del próximo verano. ¿Te acuerdas de aquel anuncio de la casa encantada que leímos en el periódico? Pues, encantada o no, ya es mía. Y, si todo marcha según mis deseos, a primeros del año que viene estaré instalado en ella. Pero déjame que te cuente cómo sucedió todo, que la cosa tiene su gracia.

Ya sabes que después de nuestra reunión yo Volví a Berlín, pero con el deseo de encontrar una residencia fija en Galicia. El deseo debía de ser mayor de lo que yo pensaba, porque acabó convirtiéndose en una idea obsesiva. Ya me había olvidado de lo que habíamos hablado en Viveiro.

Pero un día, revisando la agenda, reparé en el número que había anotado aquella tarde. No lo pensé más y esa misma noche, desde Berlín, telefoneé al número del anuncio. La conversación fue muy extraña. Mi interlocutor, del que ni tan siquiera te puedo decir el nombre, porque no lo sé, debía de ser un hombre entrado en años, a juzgar por su voz. Le pregunté si la casa estaba ya vendida o no —ten en cuenta que habían pasado más de dos meses desde que había aparecido el anuncio—, y me contestó que seguía en venta. Quiso saber si estaba realmente interesado en ella, porque no le gustaba perder el tiempo. Le dije que sí, y le expliqué también quién era y para qué la quería. Tuve que preguntarle, además, dónde estaba, porque en el anuncio no venía indicación alguna. No sé si a ti te sonará el nombre del lugar: Doroña-Vilarmajor, pero yo no tenía ni idea de dónde podía estar cuando me lo dijo. Ahora ya puedo decirte que me parece un sitio excelente, apartado de la civilización, aunque a un paso de Pontedeume y a poco más de una hora de coche de A Coruña.

Los datos que me dio sobre la casa hicieron que me entrasen ganas de ir a verla, por lo que traté de concertar una cita. Para mi sorpresa, me dijo que no era necesario, que yo podía ir a ver la casa cuando quisiera sin necesidad de molestarlo a él para nada. Bastaría con que fuese a Doroña y localizase el bar Stuttgart. Allí debía preguntar por Bieito, la persona que se encargaría de facilitarme todas las explicaciones que necesitase.

Y eso fue lo que hice la semana pasada: coger un avión hasta Compostela, alquilar un coche y acercarme a Vilarmajor. Te llamé a tu casa varias veces, porque supuse que a ti también te gustaría el viaje, pero nadie contestaba. Me costó bastante encontrar la parroquia de Doroña; no están nada bien señalizadas esas carreteras

comarcales. Una vez llegado allí, me fue más fácil dar con el bar Stuttgart; todo el mundo lo conocía, porque es uno de los pocos que hay en la parroquia. Aunque no está en el mismo Doroña, sino en la aldea de Breanca, a unos tres kilómetros de la iglesia.

Bieito resultó ser el dueño del bar, como suponía. Es un hombre de más edad que nosotros, que habla muy bien el alemán porque estuvo como emigrante durante quince años en Stuttgart. Así que, saltando del gallego al alemán, estuvimos hablando sobre un montón de temas, mientras que yo daba buena cuenta de un plato de carne asada con patatas que me sirvió su mujer. Pero toda la labia que Bieito tenía desapareció en cuanto supo el motivo de mi visita a Doroña. Me respondió que ya había recibido el aviso de que alguien se acercaría a ver la casa, y que el edificio estaba a poco más de un kilo metro de allí. Después me dio la llave y me pidió que se la devolviese cuando acabara mi visita. Ni él ni su mujer añadieron una palabra más.

Cogí la llave, un poco molesto por aquella despedida, y metí el coche por donde me había indicado. Era un camino de piedras que apenas permitía el paso del vehículo, orillado de zarzas y retamas, que nadie se había preocupado de rozar en mucho tiempo. Y no era extraño, porque el camino sólo servía para ir a la casa y moría un poco más adelante, cerca de un bosque de castaños.

¡Qué casa encontré, amigo mío! Después de las alabanzas que me había hecho el dueño, yo iba preparado para encontrarme un edificio especial. Al ver las construcciones de la zona, pensé que mi anónimo interlocutor me había engañado y que yo había hecho un viaje inútil. Esperaba encontrar la típica casa labriega, pero fui a dar con una maravilla. Porque allí, como desafiando la lógica, alguien había construido un edificio que tenía todas las características de las casas coloniales, ese modelo de vivienda que trajeron nuestros indios, inspirado en las construcciones cubanas. Pero, aun siendo una casa colonial, se veía con claridad que estaba delante de un edificio singular. Lo que más me llamó la atención fue el magnífico torreón cuadrangular, situado en la parte derecha de la fachada, que se erguía desafiante y sólido como un monolito.

También me impresionaron la hermosa galería lateral y la amplia terraza de la parte de atrás, con una balaustrada originalísima.

Tenía ante mí una casa maravillosa, pintada de blanco y ocre, y magníficamente conservada.

Se notaba que los dueños, quienesquiera que fuesen, no la habían descuidado y que se habían preocupado de que no se deteriorase; no haría ni dos años desde que la pintaron por última vez.

Además estaba la finca, como un regalo con el que no contaba. A ambos lados de la vivienda arranca un muro de piedra que rodea lo que en otro tiempo debió de ser una buena huerta, porque en la parte de atrás, por encima del muro, se pueden ver numerosos árboles frutales; algunos manzanos estaban aún cargados con su fruto.

Sólo desentonaba el pequeño jardín delantero, circundado por una reja de hierro y

bastante abandonado, en el que sobresalen dos robustas camelias. Una buganvilla, que conservaba todavía alguna flor, ha trepado por una pared del torreón y la cubre en buena parte. Había algunos macizos de hortensias que precisaban una poda urgente y numerosos rosales, tan descuidados que casi parecían zarzales.

Empujé la cancela de hierro, atravesé el jardín y entré en la casa, después de abrir con la llave la gruesa puerta de madera. Nada más entrar supe que aquella casa tenía que ser mía. Porque casi toda la planta baja, si exceptuamos el recibidor, un espacio destinado a la cocina y dos pequeñas habitaciones, está ocupada por un inmenso salón, muy apropiado para instalar en él mi estudio. La distribución del piso de arriba es más convencional, con un pasillo en medio que da acceso a seis amplios dormitorios, tres a cada lado. Cada una de estas habitaciones tiene las paredes pintadas de un color distinto: rosa, lila, azul, amarillo, verde y blanco. ¿No te parece curioso? Después, al final del pasillo, además de dos cuartos de baño, hay una estrecha escalera, como de caracol, que lleva al torreón. Desde el exterior ya me di cuenta de que debía de ser muy luminoso, porque tiene amplias ventanas por los cuatro costados, pero una vez que me vi en él, inundado por la luz, dominando un paisaje inmenso, supe que era todo lo que necesitaba para poder seguir adelante con mi trabajo.

Cuando, ya de vuelta, le devolví la llave al dueño del Stuttgart, tenía una decisión tomada: compraría aquella casa. Desde Pontedeume telefoneé al propietario y le expliqué que la casa me había gustado, que estaba dispuesto a comprarla y que solamente había que hablar del precio. Eso no me preocupaba en absoluto, naturalmente; sabes bien cuál es la cotización de mis obras. La cantidad que me pidió fue un tanto elevada; regateé un poco, pero se mantuvo inflexible en su postura. Finalmente, le di mi conformidad y quedamos citados para unos días después, en el despacho de un notario de A Coruña.

Me puse tan contento que ya ves que no me resisto a contártelo. Así, de paso, me ejercito en esta tarea de poner palabras en un papel, que cuando era joven me gustaba tanto como a ti, ¿o no te acuerdas? Mi intención es la de instalarme en la casa en cuanto sea posible, aunque sólo podrá ser de aquí a un tiempo, porque habrá que arreglar bastantes cosas. La instalación eléctrica, por ejemplo, todavía es de las que se montaban exteriormente, y tendré que cambiarla toda.

También hay que hacer arreglos en la cocina y, quizá, en los cuartos de baño, para adaptarlos a las comodidades actuales. Pero no adelantemos acontecimientos. Lo que sí que te digo es que, cuando viva en ella, quedas invitado a pasar una temporada en la que será mi nueva residencia.

Es un lugar en el que encontrarás fácilmente la soledad que dices necesitar para escribir. La casa está aislada, ya que la más próxima es la del bar Stuttgart, y hay todo el monte que quieras para pasear.

Pronto tendrás noticias mías. Hasta entonces, un abrazo muy fuerte.

Capítulo 4

Trieste, 6 de noviembre.

Xavier Louzao.

Santiago de Compostela.

Querido Xavier:

¡La casa ya es mía! La he comprado hace cuatro días, el dos de este mes; el día uno no pudo ser, porque como sabes es festivo. Ahora estoy en esta otra esquina de Europa, en mi casa de Trieste, dando las instrucciones para que recojan todo el material del estudio y me lo trasladen a Vilarmajor. He decidido conservar el taller de Berlín; sería una tontería abandonar mi ático en la Postdam Platz, con todos los museos de la ciudad a tan poca distancia y con el privilegio de estar al lado del inmenso parque de Tiergarten, tan acogedor. Pero el estudio de aquí voy a venderlo, porque no es cuestión de tener ahora casas repartidas por media Europa. Además, no sé bien por qué, tengo la intuición de que se abre una etapa extraordinaria en mi trabajo; me bullen las ideas en la cabeza, siento que vuelve la energía creadora y no tengo ganas más que de verme ya pintando en la nueva casa.

Aunque te cueste creerlo, he comprado la casa sin hablar personalmente con el propietario.

A la notaría acudió, en su lugar, un representante legal que tenía todas las autorizaciones precisas para cerrar la operación. Al final he acabado averiguando el nombre del propietario, pero sólo porque figura en la escritura. O mejor dicho, de los propietarios, porque se trataba de dos hermanos, Mariana y Adolfo Estévez Piñeiro, de los que no tengo ningún dato más.

Pero no me importa, aunque me sigue intrigando el texto del anuncio, no creas. Estarás de acuerdo conmigo en que no parece la estrategia de venta más idónea; o sí, porque en este caso les ha dado buen resultado. Le saqué el tema al representante que me enviaron, pero todos fueron evasivas por su parte; parecía un disco rayado. Y cuando el notario estaba leyendo los términos de la escritura de compraventa, por hacer una broma, me quejé de que no figurasen en ella ni fantasma, ni brujas, ni aparecidos ni nada semejante. ¡Tenías que haber visto la cara con la que me miraron los dos! ¿Es que los gallegos han perdido el sentido del humor durante los años que he pasado fuera? Pero la casa ya es mía, con muebles y todo. No sé si te he dicho ya que algunas de las habitaciones están amuebladas. Por lo que vi en la visita que hice, son todos muebles antiguos, algunos muy estropeados, pero consideré que valía la pena conservarlos y tratar de restaurarlos, porque parecen de buena madera. Mi intención es trasladarme lo antes posible, quizá a primeros de enero. Pero hasta entonces me esperan unos días de mucha tarea, porque hay que hacerle bastantes reformas por dentro, aunque todas sean pequeñeces; ya te he dicho que está

anormalmente bien conservada, sobre todo si se tiene en cuenta que llevaba un montón de años deshabitada.

Sé muy bien que podría pedirle a una agencia que se encargase de arreglarlo todo, pero con esta casa me pasa algo extraño: me siento como hechizado por ella. Me apetece estar presente todo el tiempo que duren las reformas para ir controlando los arreglos que deseo hacer. Quiero ponerle una instalación eléctrica nueva, y también hay que levantar la cocina y poner una moderna, con todas las comodidades. Además, pienso disponer a mi manera lo que va a ser el estudio, instalar un pequeño laboratorio de revelado de fotos, poner teléfono, acabar de amueblar la casa... Y después están todos los pequeños detalles, que sabes muy bien que son los que más tiempo llevan. Así que yo calculo que dos meses de arreglos no hay quien me los quite.

Si quieres ir por Vilarmajor y hacerme una visita mientras controlo las obras, te diré que pienso estar allí desde el 15 de este mes hasta finales de año. Seguramente alquilaré una habitación en el Hotel Eumesa, en Pontedeume; en coche puede estar a poco más de un cuarto de hora de la casa. Y si no te es posible venir, ya sabes que puedes escribirme a la dirección del hotel. ¿Dónde diablos andarás para no dar señales de vida? Estés donde estés, un abrazo muy fuerte.

Adrián

Capítulo 5

Doroña, 29 de diciembre.

Xavier Louzao.

Santiago de Compostela.

Querido Xavier:

¿Por dónde andarás que no consigo hablar contigo? Desde que he llegado a Galicia te he llamado no sé cuántas veces, pero ya me ha quedado claro que no puedes estar en Compostela; es imposible que no te encuentre nunca en tu casa. Espero que cuando llegues y leas mis cartas, vengas pronto por aquí, para compensar tanta tardanza. He pensado en llamar a Teresa; ella tiene que saber dónde estás. Pero ya te darás cuenta de lo complicado que es para mí hablar con tu hermana desde que inicié mis relaciones con Laura. En el fondo, yo creo que ella considera que traicioné nuestra amistad. Sabes bien que no es así, que nunca fue así, porque una cosa es la amistad y otra bien distinta el amor.

En fin, supongo que estos conflictos son inevitables, y quizá sea ridículo pretender que no existan.

Hoy es 29 de diciembre, el año se acaba Déjame que te desee un buen 1998, que sea el año en el que escribas tu mejor novela. A mí, no sé por qué, me dice el corazón que éste va a ser decisivo para mi trabajo, porque nunca he tenido tantas ganas de estar otra vez delante del lienzo en blanco. Por ahora lo que hago es llenar cuadernos con ideas y bocetos, sin coger los pinceles hasta que pueda estar bien instalado en la nueva casa. Pero no pasa un día sin que no tenga alguna intuición que me permita divisar una salida a este túnel en el que estoy metido. ¿A ti no te ocurre? Quizá escribir sea una forma de expresión más elaborada, pero yo siento que mi pintura avanza a partir de rupturas radicales con etapas anteriores. Y ahora intuyo que estoy delante de una de esas rupturas, que las cosas están cambiando dentro de mí. Creo que todo lo que me está sucediendo tiene mucha relación con esta luz y este lugar en el que está mi casa.

Te decía en mi carta anterior que a primeros de año estaría viviendo en ella, pero voy a tener que aplazar un poco la entrada; todo va más lento de lo que pensaba, y aún queda trabajo para unas tres semanas. Y eso que ahora, después de todos los arreglos que le he hecho, la casa parece otra. Ya estaba bien antes, como te dije, anormalmente bien si tenemos en cuenta que llevaba varios años deshabitada, según me ha contado Bieito y luego me ha confirmado la gente con la que he hablado en el bar. Los antiguos dueños debían de ser muy raros, ésa es la verdad, porque nadie me sabe decir nada de ellos, ni tan siquiera Bieito, que solamente trataba con el administrador. Ya ves que parece uno de los misterios de tus novelas.

Paso bastantes horas en el Stuttgart, desde donde te estoy escribiendo ahora. Es

algo así como el centro de reunión de la aldea, y tengo muchas ocasiones de hablar con los paisanos que vienen por aquí. Por cierto, ¿sabes que lo de la casa encantada quizá no fuese sólo un truco publicitario? Les he preguntado varias veces si sabían quién la había habitado antes que yo, si se acordaban de cuándo se había construido, quién había sido el indiano que la había mandado edificar... ¿Querrás creer que no he obtenido más que evasivas? Aunque algo saben, eso se nota, porque siempre que les pregunto sobre la casa se quedan callados y una sombra de miedo les pasa por los ojos, pero no dicen ni pío. Solamente uno, una noche que estaba un poco achispado después de beber varias copas del licor de hierbas que elabora Bieito, comenzó a hablar de la casa, pero mezclaba las cosas y no era fácil entenderlo.

Por lo que saqué en claro, se refería a asuntos tales como unas misteriosas desapariciones, unos extraños ruidos nocturnos, no sé qué de una sombra negra... Pero poco pudo hablar, porque dos hombres cargaron con él, lo metieron en un coche y lo llevaron a su casa, pretextando una excusa de lo más chapucera.

Como me quedé intrigado, traté de hacer algunas pesquisas en Pontedeume. Después de lo que he averiguado en múltiples conversaciones, que tampoco ha sido mucho, supongo que es natural que haya cierto recelo hacia la casa. Según dicen, el indiano que mandó edificarla regresó de Cuba con una fortuna enorme, que amasó en muy poco tiempo, nadie sabe muy bien cómo.

Parece que, algunos meses después de ocupar el edificio, enloqueció y desapareció, sin que se volviese a saber nada de él. Por lo que he descubierto, años después vino a vivir a la casa un sobrino suyo que la había heredado. Tal como me han contado, y vete tú a saber cómo fue de verdad la cosa, el sobrino y su familia también desaparecieron de la vivienda misteriosamente, dejando en ella la ropa y todo lo que tenían, sin que nadie fuese capaz de descubrir adónde se habían ido. Como si se los hubiese tragado la tierra, ni más ni menos.

Esto que te cuento me parece que sucedió allá por el setenta y tres. Y desde entonces la casa está deshabitada, aunque los nuevos dueños, a través del administrador, se han preocupado siempre de mantenerla en perfectas condiciones.

Sin embargo, la gente dice que, si está deshabitada, a ver cómo se explica que en ocasiones se oigan ruidos (un maestro del colegio de Andrade, aficionado a dar largas caminatas por el monte, me juró que un día, cuando ya había anochecido, al pasar por delante de la casa escuchó dentro algo parecido a voces, pero no exactamente humanas, no lo sabía definir bien, y cogió tal pánico que nunca más ha vuelto a pasear por allí) o que algunas noches se vean resplandores, como luces, a través de las ventanas.

Menos mal que yo no soy tan impresionable.

Sé muy bien que la Santa Compañía desapareció con la llegada de la luz eléctrica, pero a veces estos rumores consiguen inquietarme. ¡Ya no recordaba cómo es esta Galicia nuestra, amigo Xavier! Tenías toda la razón cuando me decías que, por debajo de la capa de modernidad, seguía vivo el antiguo sistema de creencias, incluso en las

ciudades. Y aquí, en aldeas como ésta, se nota mucho más. Te voy a contar lo que me pasó hace unos días, una mañana en que se me ocurrió ir andando hasta Pena Moura, un lugar en el que me contaron que había unos petroglifos que valía la pena ver. En un camino me crucé con dos niñas que volvían del colegio. ¿Querrás creer que, en cuanto me vieron, se persignaron y huyeron a todo correr? Esto es señal de que han oído hablar de mí en sus casas, y vete tú a saber qué barbaridades. ¡Así que tendré que acostumbrarme a las miradas raras que me echan cuando se enteran de que he comprado la casa! ¡Qué le voy a hacer! Supongo que todo tiene su precio, y ése es el que yo tengo que pagar para poder empezar una nueva etapa en mi pintura. Porque eso sí, Xavier, tengo la certeza de que este año que viene va a ser el de mis mejores cuadros.

Feliz año una vez más, querido amigo. Y recibe un abrazo más fuerte si cabe que el que te envió en otras ocasiones.

Adrián

Capítulo 6

Doroña, 19 de febrero.

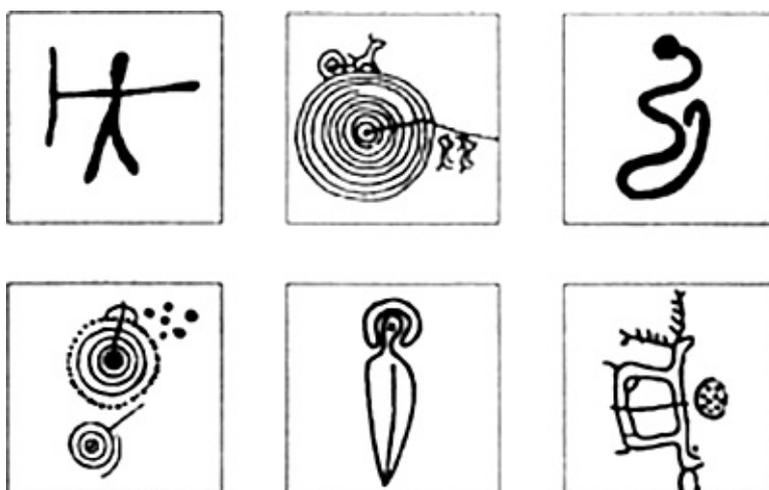
Xavier Louzao.

Santiago de Compostela.

Querido Xavier:

Ésta va a ser una carta breve. Empieza ya a fastidiarme no tener noticias tuyas. Pero hoy tengo que escribirte, aunque sólo sea para decirte que desde esta fecha tienes una habitación para cuando quieras venir, porque esta noche pasada he dormido ya en mi nueva vivienda. Podía haberme mudado unos días antes, pero he preferido no hacerlo hasta que no estuviese todo completamente arreglado.

Por cierto, hablando de habitaciones, ¿sabes que en estos últimos días, cuando los obreros estaban pintando la casa por dentro, al rascar la pintura vieja, hemos descubierto algo muy curioso? Resulta que encima de cada una de las puertas de los dormitorios hemos encontrado, sobresaliendo de los ladrillos, unas pequeñas piedras de granito con unas figuras grabadas, distintas en cada puerta. Alguien debió de taparlas en alguno de los arreglos del edificio, pero yo he ordenado que las limpien y que las dejen al descubierto; me parece que le dan un encanto especial a la casa. Además, desde mi punto de vista, esas figuras son una premonición, porque recuerdan los petroglifos prehistóricos, como pronto comprobarás. He aquí los dibujos de las seis:



¿No te parece una ironía? El máximo representante de la pintura actual viviendo en una casa en la que hay muestras del primer arte que se hizo en Galicia. Seguro que tú serías capaz de escribir un buen ensayo sobre un hecho como éste. Por si algún día vienes a visitarme, ya he decidido que tu dormitorio será el que tiene la figura del ciervo que se refleja en el agua. Claro que para eso tendrás que acercarte por aquí, y lo cierto es que no das señales de vida.

Así que aquí me tienes, completamente aislado, como yo quería. El cielo, las montañas, el mar a lo lejos, en la línea del horizonte. Algunas casas esparcidas aquí y allá, pero lo suficientemente alejadas como para sentir la presencia de la soledad. Y esta luz, sobre todo esta luz, invernal y clara al mismo tiempo, tan diferente de la del cielo de Berlín. ¿Qué más puedo pedir, amigo Xavier? Claro que mi aislamiento tiene trampa, que para eso estamos en la aldea global, con un pie en el siglo XXI. He ordenado instalar fax y teléfono, además de una antena parabólica que me permite ver todos los canales de televisión a los que estoy acostumbrado. En fin, supongo que llevan razón los críticos que ven en mi obra una síntesis perfecta entre tradición y modernidad.

Algún inconveniente sí que tengo, de todos modos. ¿Sabes que me ha sido imposible encontrar a alguien que venga a cocinar y a hacer las labores de la casa? Le encargué a Lola, la esposa de Bieito, que me buscara una mujer, sin discutir el precio, y, por lo que me ha dicho, le ha resultado completamente imposible. Y no porque no las haya, según me ha recalcado. Ya sabes el paro que hay, y gente sobra para hacer ese trabajo, pero no quieren venir aquí. Parece ser que el miedo que les impone la casa es más fuerte que la necesidad. Al final me he tenido que contentar con Lola, precisamente, que ha accedido a venir dos mañanas por semana, sólo para hacer una limpieza general. Y para las comidas me acerco al mediodía al Stuttgart, ya que no tienen inconveniente en prepararme algo de comer; no sé si te he dicho que Lola cocina muy bien. Quizá sea la mejor solución, porque de paso hablo un poco con la gente; no voy a estar todo el día sin dirigir una palabra a nadie. Y los desayunos y las cenas me los preparo yo, que ya estoy acostumbrado. En esto Bieito ha sido muy amable, porque se ha ofrecido a traerme todos los encargos que le haga; él va a Ferrol dos veces por semana a comprar cosas para el bar, y no le cuesta ningún trabajo.

Pero estos pequeños inconvenientes no van a ser obstáculo para mi trabajo. Me siento con unas ganas enormes de pintar, como en las mejores épocas de mi vida, e intuyo que mi obra de este invierno va a ser importante. ¡Es una pena que no estés aquí! Tendrías toda la tranquilidad para escribir y yo no te molestaría en todo el día. ¿A qué esperas para venir? ¡La casa encantada te está esperando!

Adrián

Capítulo 7

Doroña, 2 de abril.

Xavier Louzao.

Santiago de Compostela.

¿Sabes lo que te digo, querido Xavier? Que quizá sea verdad que los fantasmas entraban en el lote, con la casa y todo lo que contenía. Si yo no fuese una persona culta, una persona que ha recorrido medio mundo y que ha oído ya todas las historias, pensaría ahora que los paisanos tenían algo de razón en lo que contaban y que, efectivamente, la vivienda que he comprado bien merece el calificativo de encantada.

Y no lo digo porque no esté a gusto en ella; al contrario, estoy muy contento y ya he comenzado a trabajar con intensidad. Pero estos días están ocurriendo cosas para las que sólo encuentro dos explicaciones: o la casa está de verdad embrujada o alguien me quiere tomar el pelo aprovechando todos esos inventos sobre su encantamiento. Y como yo en fantasmas no creo, está claro cuál es la opción que queda.

Verás, pienso que vale la pena que te lo cuente con más detalle. Te dije en mi carta anterior que he instalado teléfono y fax en el estudio; en mi profesión son imprescindibles, incluso más que en la tuya. Tengo que estar en contacto casi permanente con Walter, mi agente, y con las diferentes galerías, aunque de momento he dado mi número de teléfono a muy pocas personas, creo que solamente a Walter y a Laura.

Te confieso que si no fuese porque sé que debes de estar fuera y que no puedes saber mi número, pensaría que eres tú el que anda detrás de todo este misterio.

Porque resulta que, a los pocos días de instalarme, comencé a recibir unas extrañas llamadas telefónicas. Durante el día, sin ninguna cadencia fija, cuando estaba trabajando, sonaba el teléfono. Lo cogía y lo que oía siempre no era más que una sucesión de frases ininteligibles, murmullos, un llanto apagado, ruidos raros...

Algo así como si estuviese escuchando Revolution Nine, aquel curioso experimento que aparecía en el álbum blanco de los Beatles, que tanto nos fascinaba cuando éramos jóvenes.

No sabía a qué podía obedecer aquella broma pesada, y al cabo de unos días me harté y decidí no coger el teléfono (en parte porque siempre sonaba cuando estaba trabajando, pero también por no seguirle el juego al autor de aquellas extrañas bromas) y dejar conectado el contestador automático. Pero entonces, visto que era inútil llamar por teléfono, empezó a funcionar el fax.

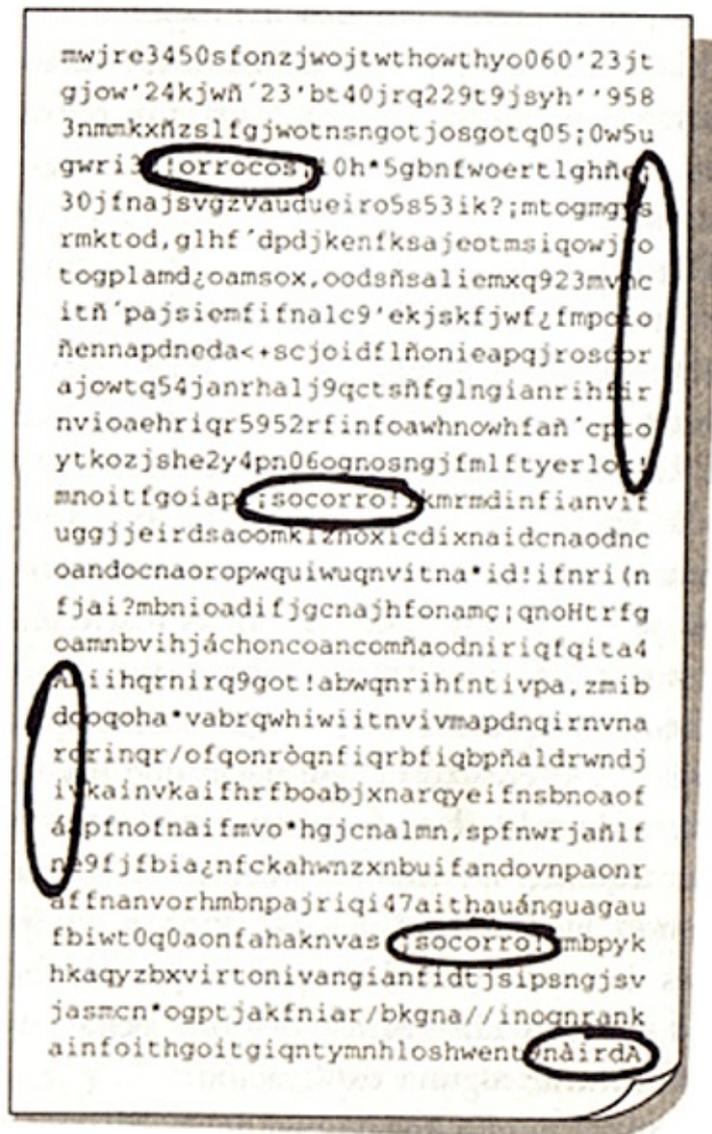
Recibía mensajes a través de él, unos mensajes totalmente incomprensibles, o así me parecían, llenos de letras y números mezclados completamente al azar.

Digo que eso es lo que me parecía a mí porque, cansado de tirar hojas de fax a la papelera, hoy he cogido la última que me ha llegado y la he examinado con detalle.

He tratado de leer las líneas al revés, al derecho, en vertical... y creo que he encontrado algo. Algunas letras forman conjuntos que están empezando a cobrar sentido.

Ya no sé si son imaginaciones mías o si es cierto que, por pura mecánica combinatoria, no hay más remedio que encontrar alguna frase con significado. ¿No eras tú el que decía que un chimpancé, tecleando al azar en una máquina de escribir, durante un tiempo infinito, acabaría escribiendo la Divina Comedia? Pues a lo mejor éste es un caso parecido; pero aquí ni tan siquiera hay un chimpancé del que echar mano para encontrar alguna explicación.

Aquí te envío una copia de la última hoja que he recibido, que me parece que es la mejor explicación que te puedo dar. Fíjate en los fragmentos que he rodeado con rotulador. ¿Lees tú lo mismo que yo?



¿Qué piensas de todo esto? ¿Te parece que tiene algún sentido? Me conoces bien, sabes de sobra que siempre me he reído de todas esas historias de fenómenos paranormales. Para mí la mayor cualidad que tenemos los humanos es la de ser

racionales, aunque haya muchos que hagan poco uso de ella. Pero ¿cómo explicar la procedencia de estos mensajes que me han llegado a través del fax? Y, aceptada su presencia, ¿cómo explicar el significado de las palabras que aparecen en la hoja que te mando? A veces me entran deseos de coger mis cosas y largarme de esta casa; no tengo ganas de líos a esta alturas de mi vida. Pero también me da pena irme ahora, cuando estoy trabajando con tanta intensidad como en mis primeros tiempos. Porque, excepto las rarezas que te acabo de contar, esto sí que es importante: pocas veces he sentido con tanta fuerza el impulso creativo. Ya sabes que estoy preparando el material para la exposición que inaugurará el Museo de Arte Contemporáneo de Santiago. Es cierto que podía arreglarme con los restos de las exposiciones de París y Tokio, pero me parece más oportuno presentar obra totalmente nueva. Y estoy obteniendo resultados excelentes, da la impresión de que las ideas me salen solas; en raras épocas de mi vida he trabajado tanto. Respecto a eso, encerrarme aquí ha sido un acierto total.

Acabo la carta y me vuelve a la cabeza la idea de que quizá seas tú el que esté maquinando todo esto; al fin y al cabo, con los datos que te he facilitado, tampoco te sería tan complicado conseguir mi número de teléfono. Pues si eres tú, ya puedes ir parando. Las bromas están bien hasta que se hacen pesadas. Y ésta empieza a serlo. Aunque no sé por qué, tengo la corazonada de que tú eres ajeno a todo; quizá, como estoy acostumbrado a vivir en ciudades, esta soledad esté empezando a afectarme más de lo que imagino. O quizá sea el tiempo. Hoy hace un día gris, de nubes bajas, que se parece mucho a un día de invierno berlinés. Ni tan siquiera se ve el mar desde el torreón, que es desde donde te escribo. Y, contra mi voluntad, siento que la depresión amenaza con meterse dentro de mí.

¡Bah!, no me hagas caso, a este paso va a parecer que el novelista soy yo. Venga, un abrazo, y hasta que des señales de vida.

Adrián

Capítulo 8

Doroña, 9 de abril.

Xavier Louzao.

Santiago de Compostela.

Querido Xavier:

Acaban de dar las cinco de la mañana. Cuando leas estas líneas supongo que pensarás lo mismo que yo: ¿qué hago escribiéndote a estas horas, en vez de estar durmiendo y descansando, como sería normal? Pero es que no puedo pasar ni un minuto más sin contarte lo que me acaba de ocurrir. Porque ahora tengo la certeza de que aquí está pasando algo extraño, algo que ya empieza a inquietarme de verdad. Si no, ya me dirás tú si le encuentras lógica a lo que te voy a contar.

En la carta anterior ya te contaba lo que me está ocurriendo estos últimos días con el fax y el teléfono. Venga a recibir mensajes anónimos cada poco tiempo, con sentido o sin él, como habrás visto en la hoja que te he enviado. Al principio esto sólo sucedía durante el día, pero ahora los mensajes han comenzado a llegarme también por la noche. Como estoy harto de bromas, ayer, antes de acostarme, decidí desconectar todos los aparatos. Y lo hice, estoy bien seguro.

«A ver cómo se las arregla ahora el bromista para seguir molestando», pensé. Pero no hace más de una hora, cuando estaba profundamente dormido, pasadas ya las cuatro de la mañana, ha sonado el teléfono. Imposible, dirás tú; imposible, he dicho yo. Porque estos aparatos no funcionan si no los enchufas; la técnica aún no ha avanzado tanto. Me he levantado a toda prisa, picado por la curiosidad, pensando que quizá todo tendría una explicación sencilla; seguro que había tenido la idea de desconectarlo, pero al final no lo había hecho.

Pero cuando he llegado al salón, he visto que el teléfono estaba desconectado y, sin embargo, sonaba. Lo he descolgado, muy extrañado, y he podido escuchar otra vez los ruidos distantes y las voces ininteligibles. Sólo han durado unos segundos, porque muy pronto he oído el clic que marcaba el final de la comunicación. Al colgar, desorientado y confuso, el ruido del fax me ha indicado que aún no habían acabado las sorpresas. En él ha aparecido una hoja nueva, pero esta vez no viene con el revoltillo de letras acostumbrado, como la que te envié el otro día. Esta vez trae un mensaje muy claro, un mensaje que se repite hasta la exasperación. Aquí te lo envié:

;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Arriba, arriba! ;Socorro, socorro!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!
 ;Socorro, socorro! ;Arriba, arriba!

En cuanto lo he leído he levantado la vista, casi de forma automática. ¿Se referiría al torreón? He subido las escaleras atropelladamente, con el corazón saliéndoseme por el pecho. Pero en el torreón no hay nada extraño, todo está como lo dejé ayer por la tarde. Me he quedado parado, indeciso, tratando de adivinar el sentido que podrían tener aquellas palabras. Y, de súbito, he comprendido. ¡El desván! Creo haberte dicho que la casa tiene un desván, pero hasta el momento nunca he subido a él, más que nada por comodidad, porque no es nada fácil, ya que hay que entrar por una trampilla que está en el techo del pasillo, y para llegar a ella es necesaria una escalera de mano.

Por eso te escribo a estas horas. Para contarte todo, pero también para hacer tiempo, mientras espero a que llegue el día. Te preguntarás por qué no subo ahora, qué me lo impide. Si quieres que te diga la verdad, lo único que me lo impide es el miedo. Porque empiezo a tener miedo, amigo Xavier. Miedo, sí, porque estoy seguro de que en esta casa pasa algo raro, que quizá haya algo más que supersticiones e ignorancia detrás de esas historias de las que nos hemos reído tantas veces. Me vienen ahora a la memoria los relatos que escuchaba de niño, en casa de mi abuela,

en aquellas noches de invierno en las que nos reuníamos todos alrededor de la cocina de hierro, y no puedo evitar un escalofrío, quizá porque aún guardo el recuerdo del miedo que me invadía cuando los mayores me mandaban a la cama y yo tenía que subir solo las escaleras que llevaban a la planta superior, donde estaba mi habitación.

Por la ventana entra ya la primera claridad del amanecer. Esperaré hasta el mediodía para subir al desván, cuando el sol esté alto y su luz llene toda la casa. Sabes bien que con luz todo parece más natural y es difícil tener miedo.

¡Cómo me gustaría que estuvieras aquí! ¿Por qué no das señales de vida? Supongo que será que estás en uno de tus muchos viajes; llamo a tu casa y siempre me sale el maldito contestador automático.

Esta vez no me despido, porque pienso seguir escribiéndote más tarde para contarte los resultados de mi expedición al desván, si es que finalmente hay algo que contar.

El reloj va a dar la una y media; ya han pasado varias horas desde que empecé a escribir lo que acabas de leer. Y ahora continúo, después de haber subido al desván, completamente decepcionado por los resultados de mi exploración.

No porque no haya encontrado nada de interés —luego te cuento lo que hay—, sino porque creo que, o no he entendido el mensaje de ayer, o el «arriba, arriba» que figura en él no se refiere al desván.

Tal como había decidido, he esperado a que el sol estuviese en lo más alto. Casi a las doce he empujado con un palo largo la trampilla del desván, que se ha abierto sin dificultad. Después he colocado la escalera de mano que me he traído del almacén, procurando que quedase bien apoyada en la pared. He subido los escalones con precaución y, una vez en el desván, a tientas he llegado hasta donde está la claraboya y he movido la tabla corrediza que impedía que entrase la luz. La claridad ha llenado el espacio que hasta aquel momento había estado a oscuras, y entonces he podido echar una ojeada a lo que allí hay.

La verdad es que, al principio, he experimentado una mezcla de desilusión y extrañeza.

Esperaba un desván lleno de objetos viejos y polvorientos, y lo que tenía delante de mí era un amplio espacio casi vacío, bastante limpio, ocupado sólo por algunas cajas de cartón, un enorme baúl, una mesa y algunas sillas viejas.

Después de comprobar que en las cajas no hay otra cosa que no sea ropa usada, me he ido hacia el baúl. No estaba cerrado con llave, así que he podido abrirlo sin problemas. Me he llevado un pequeño chasco al ver que estaba lleno de libros y revistas, todo cuidadosamente ordenado. Pero, picado por la curiosidad, he ido sacando aquel material y dejándolo en el suelo.

Sólo me he preocupado de conservar la disposición en que estaba inicialmente colocado en el baúl.

Aunque no entiendo tanto como tú, me parece que esas publicaciones tienen su interés. Hay ejemplares de revistas antiguas: *La Esfera*, *Vida Gallega*, *Blanco y Negro*... Pero los más abundantes son los números de la colección *Novelas y Cuentos*, que se publicaron en España en los años veinte y treinta y que tuvieron una gran difusión por la calidad de los títulos y por su bajo precio.

Lo sé porque también había algunos en mi casa, de cuando mi padre era joven. He cogido una buena cantidad de ejemplares y he examinado títulos y autores con el deseo de que entre todos aquellos papeles hubiese algo más. Pero no he descubierto nada especial. Lo que sí he encontrado, entre otros libros de formato habitual, es algo que te va a interesar mucho, así que ya tengo una razón más para animarte a que vengas.

¿Sabes que en el baúl también hay una buena muestra de libros gallegos? Bastantes de esos títulos son de antes de la guerra. Me han llamado la atención unas novelitas pequeñas, de una colección que se llamaba *Lar*. Y también he encontrado las primeras ediciones de aquellos libros que editó Galaxia en los años cincuenta; los que a mí me suenan son los de Álvaro Cunqueiro y los de Ánxel Fole, que tienen esas hermosas ilustraciones de Xohán Ledo. He bajado algunos, porque pienso empezar a leer *Merlín e familia*, del que me has hablado tanto y que, para mi vergüenza, todavía no he leído.

Después de examinarlo todo, he vuelto a dejar los libros y las revistas tal como estaban al principio. Y entonces, cuando ya iba a cerrar la claraboya, me ha llamado la atención un grueso volumen que había encima de la mesa; no sé cómo no he reparado en él al primer vistazo. Al acercarme, he observado que es un libro completamente distinto de los que están en el baúl: un volumen de lujo, de grandes dimensiones, encuadernado en piel. Está editado en Buenos Aires en el año 1947 por la Compañía General Fabril Editora, y, por lo que he podido leer en las primeras páginas, se trata de una antología del grabado europeo, desde el siglo XVI hasta el XX.

Efectivamente, salvo un breve estudio introductorio, el resto del volumen contiene reproducciones de grabados de diferentes épocas. Pasando las hojas he podido contemplar algunas de las obras más conocidas de Durero, Tiziano, Rembrandt...

Me he detenido especialmente en las páginas dedicadas a los inquietantes grabados de Goya y a las complicadas arquitecturas de Piranesi. Después de admirar la perfección de los grabados del XIX, he hojeado más lentamente las páginas dedicadas a los creadores del siglo XX, algunos de ellos desconocidos para mí.

Y entonces uno de los últimos grabados me ha llamado especialmente la atención, aunque no sabría decir muy bien por qué, ya que ni es técnicamente bueno ni la escena que en él aparece tiene el más mínimo interés. Representa una habitación, con una amplia ventana en la pared del fondo. En esa ventana, de espaldas al observador, hay una chica contemplando el paisaje, en una postura que recuerda la del famoso cuadro de Dalí, aunque mira hacia la derecha y eso permite que se le vea el perfil del

rostro. La chica representada parece muy joven, no debe de tener más de dieciséis años, y aquella debe de ser su habitación, a juzgar por los muebles: una cama, un armario y una mesa con una silla, además de unos estantes en los que se amontonan diversos objetos que bien podrían pertenecerle.

No he podido evitarlo: algo de lo que hay en esa imagen me resulta vagamente familiar; quizá eso me ha atraído y me ha impulsado a observarla con toda atención. He buscado en el índice para conocer la autoría del trabajo, pero he visto con estupor que no figura en él. La lámina anterior, una excelente muestra de la obra de Picasso, es la 217, y la que viene después, que corresponde a un grabado abstracto de Mondrian, la 218.

Esa omisión me ha dejado un poco intrigado.

¿Se tratará de una errata o alguien habrá metido ese grabado en medio de los otros? ¿Y por qué me atrae tanto precisamente el grabado que quizá tiene menos valor artístico? Ni siquiera yo sé contestar, pero me parece que el libro es de interés, que ha sido una suerte encontrarlo en el desván y que ha valido la pena rescatarlo. Además, si los anteriores dueños han dejado todo eso abandonado es porque no les importa. Y yo he comprado la casa con todo su contenido, así que no tengo por qué tener remordimientos.

Al bajar, contento con mis hallazgos, pero ligeramente decepcionado por el escaso éxito de mi visita al desván, he sentido que ya había olvidado los temores que me habían angustiado durante la noche. Qué verdad es eso de que la luz del sol tiene efectos milagrosos, porque ahora, cuando te escribo estas líneas, apenas recuerdo el susto de ayer noche y el mensaje que recibí a través del fax. Por cierto, no he recibido ninguno más. Si no fuese porque tengo la hoja aquí, delante de mí, pensaría que todo lo que ocurrió anoche no fue más que un mal sueño. Aunque sé muy bien que no es así, y eso es lo que me intranquiliza; reconocerás conmigo que lo que me pasa no es nada normal.

Pero lo primero es lo primero. Ya son más de las dos y voy a bajar a comer al bar de Bieito.

Así, de paso, le dejo esta carta para que me la eche en correos cuando se acerque a Pontedeume.

Y, si viene a cuento, a lo mejor le comento algo de lo sucedido esta noche. Porque a mí, no sé por qué, me huele que este hombre sabe muchas más cosas de las que dice.

Y nada más, amigo desagradecido. ¿Cuántas cosas tendrán que pasar hasta que des señales de vida? Un abrazo muy fuerte.

Adrián

Capítulo 9

Doroña, 10 de abril.

Xavier Louzao.

Santiago de Compostela.

Querido Xavier:

Supongo que te extrañará recibir dos cartas tan seguidas, ya que la anterior te la he enviado hoy a mediodía. Desde entonces han pasado ya varias horas, y ahora van a dar las doce de la noche. Y necesito escribirte otra vez, con la seguridad de que, al leer estas líneas, entenderás bien la excitación que me invade.

Pero déjame que te lo cuente por orden. En cuanto he acabado de escribirte, después de mis exploraciones por el desván, me he acercado al bar de Bieito; ya sabes que como casi siempre allí. Además, he aprovechado para dejarle tu carta y ropa para lavar. Luego, como hacía una tarde muy agradable, he decidido dar un paseo a pie hasta Seixo Grande, que es un monte que está a unos cinco kilómetros de aquí. Cerca de la costa, como sabes, todo está echado a perder, no hay más que eucaliptos y pinos. Pero por aquí esa invasión está sólo en sus comienzos y no es difícil encontrarse con pequeños bosques de castaños, por los que es una delicia caminar en estos días en los que todo anuncia la llegada de la primavera. He subido hasta lo más alto del monte y me he metido por senderos y caminos de cabras. Cuando me he visto en la cima, al oír ese silencio, al ver ese paisaje, he sentido lo que es saberse unido a la tierra que uno pisa y he comprendido con claridad por qué los antiguos celtas adoraban los elementos de la naturaleza.

Sé que esto te hará reír, pero me da igual: me siento inundado por el espíritu panteísta, y creo que esas ansias de unión con las fuerzas naturales son lo que caracteriza la obra que estoy haciendo ahora.

He vuelto a la casa cuando ya comenzaba a anochecer. He preparado una cena fría y he puesto la televisión; hoy no he tenido ganas de coger los pinceles. Y allí, cómodamente tumbado en el sofá, acompañado por las tonterías de un concurso en el que todos parecían rivalizar por demostrar quién tenía el coeficiente intelectual más bajo, me he puesto a hojear otra vez el libro de grabados. Lo he examinado con atención creciente, convencido de que estoy delante de un ejemplar que vale la pena tener. Y así, pasando de una hoja a otra, he acabado encontrando el grabado que me ha llamado la atención por la mañana, el de la chica asomada a la ventana de su habitación.

¡No me creerás, vas a pensar que estoy loco! Pero tengo que contártelo, tengo que contármelo, tengo que dejar constancia de estas cosas en el papel, o terminaré creyendo que desvarío. ¿Te acuerdas bien de la descripción que te he hecho del grabado al verlo por primera vez? Pues cuando lo he vuelto a mirar, ¡la chica no

estaba asomada a la ventana! No podía estarlo, porque las hojas de la ventana aparecían cerradas y la chica estaba durmiendo en la cama, con una expresión tensa en el rostro, como si estuviera pasando por un mal sueño. Así he podido verle bien la cara, de facciones casi perfectas. Es muy jovencita, como sospechaba, seguro que no tiene más de quince años. Ahora mismo tengo el grabado delante de mí, mientras escribo estas líneas, y todo está tal como te digo.

¿Era real lo que he visto por la mañana o es real lo que estoy viendo ahora? ¿Lo he soñado antes o lo estoy soñando ahora? ¿Será que en el desván, con el nerviosismo del momento, he creído ver lo que mi imaginación me sugería? Pero es casi imposible, soy una persona con una memoria visual excelente, como tú sabes. Sólo de una cosa estoy seguro: no estoy loco ni quiero enloquecer. Pero me doy cuenta de que, al leer estas cartas, cualquiera puede tener la impresión de que mi cerebro no funciona como es debido.

Por eso tengo la intención de sacarle una foto al grabado en cuanto acabe de escribirte, para que no queden dudas sobre lo que te digo.

11 de abril, 12 de la mañana.

No vas a creerlo, pero supongo que yo tampoco lo creeré hasta que no revele las fotos que saqué ayer por la noche y pueda compararlas con las que ahora mismo acabo de sacar. ¡Porque ha cambiado otra vez, Xavier! ¡Tienes que creerme, tienes que creerme y demostrarme así que mi cerebro sigue funcionando con normalidad! Ayer noche, después de haberte escrito y de sacar las fotos de que te hablé, me fui a dormir.

He pasado una noche muy agitada, aunque ni el fax ni el teléfono han dado señales de vida. Ahora, quienquiera que sea se comporta como si ya no fuese necesario enviarme ningún mensaje más. Me he despertado muchas veces, pero no porque haya ocurrido nada extraño, sino porque me han acosado inquietantes pesadillas toda la noche.

A las seis de la mañana me he despertado completamente despejado, como si acabase de dormir un montón de horas. Me he levantado y, como obedeciendo una orden interior, he bajado a la sala de trabajo. Iba con el corazón encogido, temeroso de que lo que pudiera ver no fuese lo que esperaba. Había dejado el libro de grabados encima de la mesa, abierto por la página que había fotografiado por la noche. En cuanto me he acercado, le he echado una mirada ansiosa. ¡La chica ya no estaba en la cama! ¡No estaba en la cama ni en la habitación! Una puerta lateral, en la que no me había fijado antes porque estaba cerrada, aparecía ahora entreabierta. He sentido la urgente necesidad de saber adónde se puede llegar a través de aquella puerta. Seguramente la chica ha salido por ella; es la única explicación para su ausencia.

¿No lo ves? Ya estoy hablando como si todo fuera real, como si fuera posible que las figuras de un grabado pudieran moverse, que tuvieran vida propia. ¿Quién puede

entender nuestro cerebro? ¿Tú crees que la soledad es mala para las personas, que corremos el peligro de perder el contacto con la realidad? Sin embargo, sé que mi cerebro funciona con normalidad. Siento que, si hay algo extraño, ese algo está fuera de mí, está en el enigmático grabado que acabo de fotografiar de nuevo, en un intento de dejar constancia de unos cambios que, aunque para mí sean inexplicables, tienen que tener una explicación coherente.

Todo esto es demasiado importante para perder el tiempo en otras cosas. Me voy a quedar aquí todo el día, delante del grabado, con la cámara de fotos preparada, para ver si se produce algún cambio mientras lo observo. Y voy a tener cerca estos folios en los que te estoy contando todo esto. Porque escribirte, contarte todo, me ayuda a aclararme y a llevar mejor esta vigilia.

11 de abril, 5 de la tarde.

Llevo más de cuatro horas delante del libro, con la cámara de fotos en las manos, pero en el grabado todo sigue igual. ¿Será que los cambios no se producen si alguien está presente? ¿O será que la chica se ha marchado del cuadro, que se ha ido definitivamente, y que no volveré a verla nunca más? Debería estar aquí muchas más horas, vigilando hasta que se me cerrasen los ojos, pero ahora me veo obligado a salir. Tengo que acercarme al bar de Bieito para recoger los encargos que le hice ayer.

11 de abril, 12 de la noche.

¡Me tiembla la mano mientras te escribo estas líneas, supongo que lo notarás en la letra! ¡Pero también te temblaría a ti si estuvieses en mi lugar! He ido al bar de Bieito, como ya te había dicho. No ha debido de verme muy buena cara porque me ha preguntado si me pasa algo.

Le he contestado que todo va bien y me he disculpado diciéndole que estoy algo cansado, que he estado trabajando hasta muy tarde. No sé si me ha creído o no, pero en la mirada que me ha echado me ha parecido percibir un gesto de preocupación. Esta vez apenas me he detenido en el bar, al contrario que otros días. He recogido la caja con las provisiones que le había encargado, la he metido en el coche y he vuelto muy pronto a casa.

En cuanto he entrado he tirado la caja de cualquier manera y he corrido hacia la mesa en la que había dejado el libro. Creo que me he mareado al ver, en una rápida ojeada, lo que ha pasado en mi ausencia. ¡El grabado ha vuelto a cambiar! La chica está ahora sentada en la silla, delante de la mesa, frente a mis ojos. Tiene la cara erguida y parece mirarme a mí, con una mirada atenta y seria, una mirada en la que he creído adivinar toda la tristeza del mundo. Venciendo el miedo y la excitación, le he sacado otra serie de fotos; ahora estoy absolutamente convencido de la necesidad de que quede constancia de todo esto que me está pasando.

¿Pero me están pasando verdaderamente estas cosas? ¿Qué piensas de todo lo que

te cuento, amigo Xavier? Una duda me persigue como una obsesión: ¿es cierto o no lo que veo? Si no es cierto, es que no estoy en mi juicio, que alguna forma de locura se ha metido dentro de mí. Tantos días de soledad, el ambiente de esta casa...

¡Esta casa! ¿Será verdad que habito en un edificio hechizado? Y si es cierto lo que estoy viendo estos días, entonces lo que me ocurre es todavía peor. Porque un grabado que cambia de contenido, como si la figura representada tuviese vida, no cabe en ninguna mente humana. Incluso aceptándolo, no acaban ahí todas esas preguntas que no soy capaz de apartar de mi cerebro: ¿quién es la chica que vive en esa habitación? ¿Por qué hay algo en todo esto que me resulta familiar? ¿Por qué tengo la certeza de que la chica, que sigue sentada frente a la mesa, me está mirando a mí, precisamente a mí, y que trata de decirme algo con su mirada? Seguiré sacando fotos hasta agotar los carretes que tengo en casa. Y cuando eso suceda, te las enviaré todas a ti, que eres la única persona del mundo en quien puedo confiar ciegamente, para que seas el testigo fiel de mi locura o de mis descubrimientos. Porque ahora veo que, aunque quisiera, no podría salir de este lugar. Tengo la sensación de que la casa es como un imán que no me deja marchar. ¡Si estuvieses aquí! Seguro que todo habría de ser más fácil, tú sabrías encontrar una explicación para estas cosas que me están pasando; siempre has sido más listo que yo. ¿Darás señales de vida de una condenada vez? Un abrazo de tu amigo.

Adrián

Capítulo 10

Doroña, 13 de abril.

Xavier Louzao.

Santiago de Compostela.

Me pongo a escribirte con la esperanza de que la tarea de buscar las palabras para contarte lo sucedido me sirva a mí para entender lo que me está ocurriendo. Porque ahora ya no sé qué pensar ni qué hacer, querido Xavier. Ahora tengo miedo, miedo de verdad. Lo mejor que podría hacer en este momento sería irme de esta casa, abandonarlo todo, volver a Berlín y sumergirme en el tranquilizador ajeteo de la Alexander Platz. Porque es verdad que hasta ayer estaba algo asustado, pero lo que ocurría no pasaba de ser un juego entre este extraño libro y yo. Un juego en el que sentía que, a pesar de todo, controlaba la situación. Pero las cosas han cambiado, y después de todo lo que hoy ha pasado es imposible retroceder. Porque ¿cómo voy a dejarla sola? ¿Cómo voy a desatender su llamada de auxilio? Sabes, por la carta que te escribí antes de ayer, que he sido espectador de los inexplicables cambios ocurridos en el extraño grabado. Y sabes también que la última vez la chica estaba sentada en la silla, mirándome con rara intensidad.

Así permaneció todo el día de ayer; durante ese tiempo la imagen no sufrió variación alguna.

Pero hoy por la mañana, cuando me he levantado y me he acercado a la mesa en la que había dejado el libro abierto, lo que he visto me ha dejado como si alguien me hubiese golpeado la cabeza con un martillo. Al principio he pensado que la chica había desaparecido, hasta que me he dado cuenta de que estaba escondida en un rincón de la habitación, con el cuerpo encogido, como protegiéndose de algún peligro. En la cara tenía una expresión de terror que me va a ser difícil olvidar. Pero lo que me ha dejado paralizado, lo que me ha hecho intuir el abismo que se abre delante de mí, es el mensaje que aparecía escrito, en trazos gruesos, en una de las paredes de la habitación: «¡SOCORRO, ADRIÁN, SOCORRO!». Pensarás que la locura que se adivinaba en mis anteriores cartas aflora ahora de una vez por todas, que esto es sólo consecuencia de todo lo anterior. Pero no es así, ahora sí que tengo la certeza de que no estoy loco; al revés, estoy completamente lúcido, y las fotos que acabo de sacarle al grabado y que pronto revelaré, para poder enviártelas con esta carta, te demostrarán la veracidad de lo que te estoy contando.

Pero, loco o no, lo que a mí me pasa carece de importancia ante lo que se me acaba de revelar. Porque ahora sí que no cabe duda alguna: la chica del grabado está en peligro y el mensaje de la pared está dirigido a mí. Pero ¿quién es esta chica? ¿Cómo sabe de mí? ¿Desde dónde me llama? ¿Cómo podría yo saberlo? He pasado toda la mañana en busca de alguna pista. He vuelto a subir al desván porque quizá la primera vez no reparé en todos los detalles, pero mis investigaciones no han tenido

ningún éxito. Al bajar me he dirigido otra vez a la mesa para examinar de nuevo el libro. Pero entonces, al contemplar una vez más la página, he encontrado una imagen estremecedora, la imagen que me tiene atrapado en esta espiral de horror que me invade sin remedio. Porque no hay nadie en la habitación, la chica ha desaparecido del grabado. Hay signos de violencia por todo el cuarto, todo está revuelto como si se hubiese producido una pelea. ¡Y alguien ha tratado de borrar el mensaje de socorro, que ahora resulta casi ilegible! Además, la puerta de la pared lateral está abierta, dejando ver parte de una estancia aparentemente vacía, pero que, no sé por qué razón, me parece que esconde alguna oscura amenaza.

La contemplación de esa imagen me ha erizado los cabellos, y no por lo que hay, sino justamente por lo que sugiere. ¿Qué ha pasado ahí, en esa habitación, mientras yo perdía el tiempo en el desván buscando y revolviendo entre los libros del baúl? Pero aún me faltaba lo peor; porque lo que me ha dejado completamente atezado por el miedo, lo que me ha hecho caer en una enorme excitación nerviosa, ha sido una iluminación repentina, la certeza de saber por fin cuál es la enigmática familiaridad que percibí en el grabado desde la primera vez que lo vi. ¡Claro que hay algo familiar para mí en esa imagen! ¿Cómo no me he dado cuenta antes, cómo he podido estar tan ciego? El paisaje que aparece a través de la ventana no es otro que el que yo veo todos los días desde el lado norte de la casa, el que se veía si el edificio tuviese una ventana en la planta baja de ese lado. Pero en la planta baja de la casa, en ese lateral, no hay ninguna ventana. ¿O sí? He salido fuera y me he acercado a la pared que da al norte. Efectivamente, el paisaje que se ve en el grabado es el mismo que yo he visto en ese momento, aunque algo cambiado a causa de la estación en la que estamos. He pasado la mano por el muro, que parece completamente liso. He vuelto a entrar para buscar un pico que hay entre las herramientas del almacén. Con él he estado picando el recebo que recubre las piedras de la pared. No ha resultado difícil encontrar lo que imaginaba, lo que pronto he dejado al descubierto. ¡El antiguo hueco de una ventana! Allí hubo una ventana en otro tiempo y alguien se preocupó de tapiarla con ladrillos. ¡Eso significaba que la habitación en la que estaba la chica tenía que existir, tenía que estar disimulada en la planta baja! He sentido un gran alivio al encontrar la prueba definitiva de que no estoy enloqueciendo, de que quizá haya algo que aclare todo lo que me está pasando desde que he llegado a esta casa. ¡Si encontrase ese cuarto, desvelaría también los misterios para los que mi cerebro no hallaba explicación! Ahora te lo estoy contando aquí, en el papel, para no enloquecer, pero no hace ni siquiera una hora que ha ocurrido lo que te estoy diciendo.

He deducido que la habitación tenía que estar al lado de la cocina; no sé cómo no me he dado cuenta antes de que la cocina, por la distribución de la casa, tenía que ser mayor de lo que parece; ahora lo veo claramente. El que hiciese la obra cuidó todos los detalles, porque el tabique que comunica con la habitación aparecía casi cubierto por un enorme aparador. He movido el pesado mueble con dificultad, después de haber quitado la loza que contenía. Tras despejar el espacio, he cogido un mazo y he

atacado la pared con golpes fuertes y continuos, hasta comprobar que una parte del tabique cedía.

A través del hueco abierto he podido ver que, tal como imaginaba, detrás de aquel tabique hay una habitación que de inmediato he identificado como la del grabado. Aunque la ventana está tapiada, aunque no hay mueble alguno, el espacio es el mismo, es inconfundible. He seguido golpeando la pared con todas mis fuerzas, hasta lograr abrir un hueco lo suficientemente ancho como para pasar con comodidad.

Conteniendo a duras penas mis nervios, he entrado en la habitación, iluminada por la luz procedente de la cocina. ¡En la otra pared hay una puerta, la misma que la del grabado! Pero no ha sido eso lo que más me ha llamado la atención, porque de alguna manera ya me lo esperaba. Lo que me ha causado estupor ha sido ver que la puerta está extrañamente limpia, en contraste con las paredes, que aparecen llenas de moho como consecuencia de la humedad, la falta de ventilación y el paso del tiempo. El suelo está cubierto por una espesa capa de polvo; da la impresión de que nadie ha entrado ahí desde hace muchos años.

Durante un buen rato he estado detenido, en un silencio sólo roto por mi agitada respiración, delante de esa puerta que parecía guardar los secretos que explicarían tantas cosas inexplicables.

¿Qué habría detrás de ella? Por fin me he decidido a abrirla venciendo el miedo que me inmovilizaba.

Esperaba cualquier cosa, pero confieso que no estaba preparado para lo que he visto, quizá porque aparentemente ahí no hay nada. La puerta conduce a un espacio de reducidas dimensiones, una pequeña celda rectangular que no medirá más de dos metros por el lado más largo.

La ausencia de muebles o de cualquier otro objeto hace que resalte más la trampilla de hierro encajada en el suelo de cemento, justo en medio de la habitación. Una trampilla herrumbrosa, que tiene en el centro una gruesa argolla redonda, también de hierro.

Al acercarme a ella he notado que la superficie metálica no es lisa, sino que tiene grabada una figura que recuerda a las que he encontrado encima de las puertas de los dormitorios del piso superior. La figura representa algo semejante a un extraño laberinto.



Después de mi desconcierto inicial he reaccionado con rapidez. Me he aproximado a la trampilla, que parecía muy pesada, e, hincando los pies en el suelo, he cogido la argolla con las dos manos y he tirado con fuerza hacia arriba.

Está dura, no es fácil de mover. Por fin, después de varios intentos, la pesada tapa ha cedido y he conseguido levantarla lo suficiente para apartarla a un lado.

He tenido que soltarla y retroceder hasta la puerta de entrada, mareado por el intenso hedor que ha salido del negro hueco que había quedado al descubierto, un olor que muy pronto ha inundado el pequeño recinto y aún más mis pulmones. Era un hedor nauseabundo, insoportable, que yo nunca he sentido; un hedor que penetraba en el cerebro y parecía sugerir la presencia de realidades inhumanas y espantosas.

He logrado volver a la cocina y abrir el amplio ventanal que hay encima del fregadero. He agradecido que sea abril, que el aire frío y húmedo me haya hecho reaccionar. Unos minutos después el hedor ha ido disminuyendo y he podido acercarme otra vez al hueco negro. A la luz del día he podido ver cómo de la trampilla arrancan los peldaños de una escalera de piedra que se pierde en la profundidad de aquella negrura y que seguramente acabará en alguna cripta olvidada. Tal vez sea más antigua que la casa, la cual quizá haya sido levantada sobre los restos de una edificación anterior. ¿Quién la habrá construido y con qué objeto? Luego he ido a la sala y he regresado con una potente linterna. Arrodillado sobre el cemento, he

iluminado con ella el hueco. La luz ha quebrado la espesa negrura, mostrando la escalera de piedra que desciende, encajada entre dos paredes brillantes por la humedad. Pero lo que la luz ha iluminado es sólo una parte, porque la escalera se pierde en la oscuridad y parece no tener fin.

Mi primer impulso ha sido descender por aquellos escalones, saber pronto adónde conducen. Pero quizá haya podido más el cansancio, o la prudencia, o el miedo, porque he decidido dejar la investigación para cuando me sienta con más fuerzas y pueda bajar con otros medios más adecuados para mi exploración. Así que, con bastantes dificultades, he vuelto a colocar la trampilla de hierro y he regresado a la sala, desde la que ahora te estoy escribiendo.

Siento la tentación de bajar hoy por la tarde, pero quizá espere a mañana. Antes de bajar quiero ordenar un poco las ideas, quiero reflexionar sobre todas los sucesos extraños que, involuntariamente, estoy protagonizando. Por otra parte, ahora tengo la seguridad de que, si me pasara algo, cuando menos quedarán estas líneas para dar fe de lo que me está ocurriendo.

Trataré de cocinar aquí cualquier cosa; hoy tampoco me apetece bajar al Stuttgart. Apenas tengo ganas de probar bocado, pero es necesario que recupere fuerzas para lo que pretendo hacer después. Y luego sacaré nuevas fotos al grabado, para que veas, como yo, que la descripción que te he hecho de él responde a la realidad.

13 de abril, 5 de la tarde.

¡Cómo me alegro, querido Xavier, de estar aquí solo y de que tú estés tan lejos! ¡Cómo me alegro de haberte contado los acontecimientos de estos días, paso a paso, en mis cartas! Porque, ¿cómo podría contarle a alguien que no fueses tú el espanto que ahora me acompaña y que supongo va a acompañarme el resto de mi vida? ¿Quién podría certificar mejor que tú que lo que me pasa no es fruto de la locura? Tengo aquí, delante de mí, el grabado que he visto hace poco, menos de una hora, con la intención de sacarle las fotos que he mencionado.

Sabes perfectamente cómo estaba, con la puerta lateral completamente abierta; te lo he descrito al comienzo de esta carta. Pues bien, ¡ha vuelto a cambiar de nuevo! Toda la habitación está igual que la última vez que la vi, pero ahora la puerta lateral está cerrada, como aparecía en los primeros días. Pero no es eso lo que me preocupa, esos cambios ya no son nada nuevo para mí. Lo que me espanta es lo que he visto, o creo haber visto, y te juro que no lo he soñado, en el momento en que he abierto el libro por la página en la que está el grabado: la puerta lateral se ha cerrado ante mis ojos.

Que haya visto cómo la puerta se cerraba no es la única causa de mi espanto. Eso sólo constituye una novedad porque es la primera vez que he conseguido presenciar cómo se producen los cambios. Lo que me ha helado la sangre, lo que me ha hecho sentir el estremecimiento más espeluznante, lo que me ha dejado definitivamente

instalado en este horror es que, fugazmente, durante menos tiempo del que se tarda en contar, he visto, o creo haber visto, una parte del... del ser, del animal o lo que sea, que en ese instante ha cerrado la puerta desde el interior de la pequeña celda.

Si encontrase palabras para explicarte lo que he visto, las usaría ahora. Pero no me es posible.

No sé cómo poner en palabras lo que he visto y que me ha dejado helado por dentro, que me ha hecho sentir como un animal al que se le sorbe hasta la última gota de sangre. Tan asustado estoy que todo mi cuerpo tiembla ante la posibilidad de que la puerta del grabado (o la puerta de verdad, la que está abajo, al lado de la cocina) se pueda abrir otra vez. Ni tan siquiera sé si esta noche seré capaz de permanecer aquí. Porque pienso que todavía estoy a tiempo de coger el coche y bajar a Pontedeume, alquilar una habitación en el hotel y mañana, muy temprano, huir de este lugar, huir de esta Galicia a la que quizá nunca he debido volver.

Pero siento que hay algo que me ata a esta casa, y no sabría explicar qué es. Siento que, aunque mi cerebro construya proyectos para salir de aquí, hay dentro de mi cuerpo una fuerza más poderosa que me empuja a quedarme. Por eso pienso que mi obligación es esperar, dejar que vayan pasando las horas de esta noche; unas horas que sé muy bien que he de pasar en vela —¿quién podría dormir después de todo esto?—, aguardando a que regrese la luz del día.

Entonces entraré en el sótano, en busca de lo que se esconde abajo. No tengo otra salida.

¿Cómo podría desoír la llamada de socorro de la chica? ¿Cómo dejarla en manos de... de ese algo, o alguien, que ni tan siquiera me atrevo a imaginar? Llevaré conmigo mi revólver y no dudaré en disparar sobre cualquier cosa extraña que encuentre en el interior de la cripta. Si todo sale bien, si todo sale como deseo, mañana podré enviarte otra carta contándote el resultado de mi exploración. Pero si algo ocurriese, si ves que a esta carta no le sigue otra, te pido que vengas en mi ayuda lo antes que puedas. Bieito ya sabe de ti, le he hablado muchas veces de nuestra amistad, y tiene una llave de la casa; no dudes en pedírsela si fuese necesario.

No tengo ánimos para salir, pero me veo en la obligación de hacerlo. Tengo que acercarme al Stuttgart, aunque sea en este lamentable estado.

Quiero dejar allí esta carta que hoy te envío, porque me asalta el temor de que mañana quizá ya no me sea posible ir. Algo me dice que la chica está en peligro, que puede ser terrible lo que está sucediendo bajo mis pies, en esa cripta oscura que nadie conocía.

Adiós, amigo mío. Ojalá mañana pueda estar otra vez delante del papel, contándote lo que hay abajo. La fuerza que tira de mí es superior a mis miedos; me siento como los marineros del barco de Ulises ante los cantos de las sirenas. Pero yo he olvidado la cera para los oídos, y tampoco hay cuerdas que me aten a un mástil salvador.

¿Por qué me asfixia este temor a que todo acabe aquí?

Capítulo 11

Supongo que quien continúe con la lectura de estas páginas lo hace después de leer las cartas que me envió Adrián y de contemplar las fotos en las que se observan las sucesivas variaciones de los grabados que tan bien ha descrito mi amigo. De manera que quien ahora esté leyendo estas palabras mías ya sabe tanto como sabía yo antes de emprender el viaje que me trajo a esta casa. Eso quiere decir que sólo me quedan por contar mis movimientos después de la lectura de las cartas, muy fáciles de resumir.

Cuando acabé de leer la correspondencia de Adrián, me invadió una honda preocupación. A mí me gusta mucho la literatura fantástica, y tengo una cantidad enorme de libros que tratan de esos temas; incluso una de mis novelas, Una conversación al atardecer, podría encuadrarse dentro de ese género literario. Adrián sabía de mi afición, que él nunca había compartido. ¿Sería todo una artimaña suya a partir del anuncio de la casa encantada, una manera ingeniosa de hacerme coger el coche y obligarme a ir a su nueva residencia? Pero eso no encajaba para nada en el carácter de Adrián, incapaz de gastar ese tipo de bromas. Además, había algo en sus cartas, sobre todo en las últimas, que desprendía una clara sensación de autenticidad. Y, por si fuera poco, estaban las fotos, aquellas inquietantes fotos de los cambios ocurridos en el grabado; aunque, bien mirado, eso podría ser lo más fácil de manipular, sobre todo para un pintor de las facultades de mi amigo.

La última carta de Adrián era de hacía sólo cinco días. Yo creo que las casualidades no existen, que siempre hay una oscura razón detrás de las cosas que nos suceden. Si algo le estaba pasando, había sido una suerte providencial que yo hubiese regresado justo en esa fecha. Me faltó tiempo para meter alguna ropa y unas cuantas cosas de aseo en la bolsa de viaje, coger mi coche y ponerme en camino de Vilarmaior.

No fue un trayecto difícil. Tomé la autopista de A Coruña y, en la salida de Guísamo, enlacé con la N-VI, la que se dirige a Ferrol. Cuando ya se divisaba, allá abajo, el magnífico valle del Eume, un indicador situado a la derecha me señaló la desviación a Vilarmaior. A unos cinco kilómetros me encontré con una nueva bifurcación de la que salía un ramal que llevaba al viejo torreón de los Andrade. Pude verlo durante unos instantes, por entre los pinos que bordeaban el camino; estaba totalmente arruinado, como la mayor parte de las cosas que valdría la pena conservar en este país. Continué por la carretera de Vilarmaior, estrecha y con muchas curvas, lo que me obligaba a conducir muy despacio. Al poco tiempo llegué a Doroña.

Me detuve al lado de la vieja iglesia parroquial, una excelente muestra del románico popular gallego. El viejo cementerio rural, con dos antiguos cipreses, y un atrio acogedor, presidido por una solitaria acacia negra, completaban aquella inesperada maravilla. Estaba admirando la sencilla belleza del conjunto cuando me di cuenta de que por la carretera, empujando una carretilla de hierba, venía una chica

joven. Le pregunté por Breanca. Las indicaciones que me dio fueron muy precisas, por lo que no me resultó nada complicado dar con el lugar, ni tampoco encontrar el bar Stuttgart, situado al lado de la carretera. Aparqué el coche un poco más abajo, cerca de un antiguo lavadero público, y entré en el bar.

Un hombre estaba detrás del mostrador. Tenía que ser Bieito, que ya me resultaba familiar después de leer las cartas de Adrián. Me identifiqué y le dije que venía a pasar una pequeña temporada con mi amigo. Me contestó que hacía unos días que no lo veían, que quizá había salido de viaje sin avisar, aunque le parecía raro. Creí percibir un brillo extraño en su mirada, como si buscara establecer cierta complicidad conmigo.

Pero no era cuestión de confesarle mis temores sin tener confianza alguna con él, así que le respondí que no me sorprendía, que, cuando se concentraba en un cuadro, Adrián era capaz de pasar más de una semana sin salir del estudio. Pareció quedar convencido con mi explicación y concluyó diciéndome que tenía una llave de la casa y que Adrián le había dejado el encargo de facilitármela si me acercaba a pedírsela.

Cogí la llave y, siguiendo sus indicaciones, pronto encontré el edificio. Era incluso más hermoso de lo que imaginaba. Era algo insólito ver aquella casa, en abierto contraste con las otras de la comarca, que, salvo alguna barbaridad perpetrada por gente ignorante, responden al estilo típico de la construcción rural de esta zona de las Marinas. Y digo que era insólito porque estas casas de estilo colonial son relativamente frecuentes en la comarca ferrolana, pero siempre se encuentran muy cerca de la costa. Precisamente recordaba haber estado, hacía ya algunos años, en una que había en O Seixo, en la que había vivido durante un tiempo una antigua amiga mía. Pero era raro encontrar un edificio así en Vilarmajor, donde el mar ya empezaba a ser sólo una mancha en el horizonte y todo recordaba el inicio de las agrestes tierras de Monfero.

La mayoría de las ventanas tenían las contraventanas echadas; daban la sensación de que la casa estaba deshabitada. Mi idea inicial, la de que seguramente todo era una broma de Adrián, me volvió a parecer la más acertada. Me llamó la atención no ver por ningún lado el coche de mi amigo. Supuse que quizá había tenido que hacer un pequeño viaje, tal como había insinuado Bieito, y que podría volver aquel mismo día o al siguiente. Pero yo estaba ya allí y me pareció que lo más conveniente era instalarme en la casa y esperar a que regresase.

Bajé del coche y, ante el edificio, no pude evitar que me volviese otra vez el recuerdo de todo lo que Adrián contaba en sus cartas. Me acerqué a la puerta, que estaba cerrada con llave.

La abrí y entré en la casa. Llamé a Adrián, pero no obtuve respuesta. Un primer vistazo a las habitaciones de abajo me confirmó que allí todo estaba en orden, sin señal alguna de que hubiese ocurrido nada extraño. El amplio salón estaba lleno de cuadros, algunos ya acabados y otros en fase de ejecución. No había nada raro, tan sólo lo que cabía esperar de una casa ocupada por un pintor en plena actividad.

Busqué la cocina, pues quería saber lo que encontraría en ella. Allí me esperaba la primera prueba que confirmaba mi hipótesis. Porque, de ser cierto lo que Adrián había escrito en sus cartas, en ese momento tendría que haber aparecido una pared tirada, con una habitación al descubierto y el suelo lleno de cascotes. Y lo que vi en la cocina era completamente diferente. Todo estaba en orden, y en la parte orientada al norte, donde deberían estar los restos del tabique que daba acceso a la habitación tapiada, lo único que había era un hermoso aparador de nogal, con loza, vasos, botellas y todo lo que uno espera encontrar en un mueble de cocina de esas características. Confieso que, ante la prueba definitiva de que todo había sido una broma de Adrián, mi corazón se vació de golpe de toda la angustia que lo atenazaba. Me llamó la atención, además, el hecho de que las paredes de la cocina estuviesen recién pintadas; todavía quedaba en el aire el olor a pintura que delataba que el trabajo se había hecho pocos días antes.

Ya más tranquilo, exploré el resto de la planta baja y los dormitorios del piso de arriba, sin encontrar nada que me pareciese extraño. En el pasillo vi la trampilla que conducía al desván; por lo menos era verdad que eso existía. Llevado por la curiosidad, bajé otra vez y fui al almacén de la parte de atrás, en el que supuse que estaría la escalera que había utilizado Adrián. Allí estaba, efectivamente. La cogí y la llevé al pasillo, empujé con un palo la trampilla, coloqué la escalera y me dispuse a repetir los movimientos que mi amigo me había explicado en su carta.

Cuando me asomé al desván pude descubrir, acostumbrando los ojos a la oscuridad, que todo estaba tal como lo había descrito mi amigo: las cajas, el baúl, la mesa... ¡La mesa! Estuve a punto de caer escalera abajo cuando vi que encima de la mesa había un grueso libro. ¿Hasta ahí llegaba la broma de Adrián? Me dirigí a la claraboya y descorrí la tabla, dejando que el sol de abril iluminase hasta el más escondido rincón. Me acerqué a la mesa y me puse a hojear aquel libro, con los nervios a flor de piel. Al pasar las primeras hojas me di cuenta de que estaba delante del volumen de grabados del que me había hablado mi amigo. Una fuerte opresión fue anidando en mi pecho, mientras pasaba las páginas, como un oscuro presagio.

Y sucedió, claro que sucedió, supongo que era inevitable: al pasar una de las hojas apareció ante mis ojos el grabado que ya conocía tan bien; un grabado que era tal como Adrián me lo había descrito la primera vez: la chica estaba de espaldas, apoyada en la ventana, contemplando un paisaje que, por lo que ya sabía, reconocí de inmediato. En eso Adrián no había mentado, aquél era realmente el paisaje en el que ya me había fijado al llegar a la casa.

¿Acabaría ahí la broma de mi amigo? ¿Habría urdido toda aquella historia a partir de algunos datos reales, tal como hago yo en mis novelas? Sabía muy bien cómo podía comprobarlo, claro que lo sabía, pero me daba miedo pensar en esa posibilidad. Sólo tenía que dejar pasar algunas horas y volver a ver aquella imagen que tenía ante mis ojos. Si permanecía igual, como esperaba, tendría la confirmación definitiva de que aquello no era más que un ingenioso juego de Adrián.

Bajé del desván llevando conmigo el voluminoso libro. Decidí que, si iba a quedarme algunos días, lo primero que debía hacer era instalarme lo mejor que pudiese. Fui a por mi bolsa y busqué el dormitorio que tenía encima de la puerta la piedra con el dibujo que me había indicado Adrián. Era una habitación amplia, con las paredes pintadas de verde, que daba a la galería lateral; se notaba que estaba pensada para las visitas. Después me acerqué a la cocina. Llevaba varias horas sin comer y mi estómago comenzaba a quejarse. Encontré la nevera repleta, así que rápidamente me preparé una buena comida: huevos fritos, patatas y chorizo, que me supieron a gloria. ¡Qué pena que el pan tuviese que ser de molde! Cuando acabé, después de prepararme un café, limpié la mesa y puse encima el libro de grabados. Al abrirlo en busca de las páginas deseadas, mi corazón comenzó a latir más aceleradamente, mientras sentía una presión asfixiante en el pecho. Cuando tuve el grabado delante de los ojos, un sudor frío se extendió por todo mi cuerpo, incluso se me nubló la vista durante unos instantes. Porque allí, en aquella imagen, aparecía la misma habitación y la misma chica, pero ésta había cambiado su posición, y estaba ahora de pie delante de la ventana, con los ojos fijos en mí, y con una expresión que a primera vista parecía suplicante, aunque yo creí percibir en ella cierto punto de maldad. La puerta lateral, la que debía de dar a la pequeña celda de la que me había hablado Adrián, estaba entreabierta.

Cerré el libro de golpe y lo tiré al suelo de la cocina. Me horrorizaba tocarlo, me aterraba estar en la misma habitación que aquel libro maldito. En un impulso irracional, salí de la casa, atravesé el jardín y me fui a sentar cerca de un roble que hay al otro lado del camino en busca de sensaciones que me ayudasen a volver al mundo real.

Allí, poco a poco, sentí que me iba tranquilizando. Recobré mi cordura acostumbrada y traté de examinar los hechos que me acababan de suceder. Las cosas estaban ya más claras, porque ahora tenía la certeza de que la historia de Adrián era verdadera, al menos en lo que se refería a las extrañas propiedades de aquel libro. Y tenía la seguridad de que me encontraba con algo que desafiaba las reglas de la lógica y de mi mente racionalista. Pero también sabía que había venido a Doroña en respuesta a la llamada de auxilio de Adrián. Y ahora estaba claro que mi amigo se enfrentaba a un peligro enorme, a un peligro que quizá ni siquiera era capaz de imaginar.

Volví a entrar en la casa, ya con más decisión. Aunque ya sabía lo que debía hacer, la curiosidad pudo más que yo y, como la mujer de Lot, volví a abrir el libro por la página fatídica: la chica, con ojos de angustia, había escrito en la pared la palabra ¡SOCORRO! y XAV, las tres primeras letras de mi nombre. Lo cerré de golpe.

¡Que escribiese lo que quisiera! No conseguiría ablandarme con ojos suplicantes ni con mensajes de auxilio. Yo no caería como Adrián; sabía muy bien que mi tarea era otra.

Entre las herramientas del almacén busqué el mazo que días atrás había empleado mi amigo.

Con él en la mano regresé a la cocina. Me costó grandes esfuerzos separar el aparador, que más parecía de hierro que de madera. En cuanto me fue posible, me puse a golpear la pared con el mazo. Cedió con facilidad, como sospechaba. El cemento aún estaba fresco y no había tenido tiempo de fraguar bien con los ladrillos; debía de ser una obra hecha pocos días antes.

No fue ninguna sorpresa para mí encontrar, detrás del tabique, la habitación que ya conocía por la descripción que había leído en las cartas.

Una habitación vacía, con la ventana exterior tapiada, en la que sólo destacaba la puerta lateral.

Salté por encima de los cascotes y la abrí, incapaz de aguantar más. Tampoco allí había sorpresas: en el centro estaba, efectivamente, la inquietante trampilla de hierro. Y grabado en ella, el enigmático laberinto de Mogor, que mi amigo no había reconocido, pero que yo recordaba bien; todavía guardo en la memoria la impresión que me produjo cuando, hace ya algunos años, contemplé en tierras de Marín aquel vestigio de un mundo tan distante del nuestro.

Cuando estaba pensando en ir por una linterna que me permitiese ver con claridad lo que había debajo de aquella trampilla, reparé en algo que hasta aquel momento me había pasado inadvertido. Era un trozo de cartón de forma irregular que estaba apoyado en la pared, al lado de la puerta. Lo cogí y busqué la claridad que venía de la cocina; estaba escrito por una cara, y me di cuenta de que la letra, aunque muy deformada, era la de Adrián.

Regresé a la cocina y me senté en una silla.

Ya comenzaba a atardecer, por lo que tuve que hacer esfuerzos para ver lo que había escrito en aquel cartón. Con letra desfigurada, escrito en tinta roja descolorida, pude leer este mensaje: Querido Xavier: Si has llegado hasta aquí es que ya sabes la verdad. Pero quizá aún no has caído en su trampa, quizá aún estés a tiempo de salvarte.

¡Abandónalo todo, Xavier, y vete, vete muy lejos, a un lugar en el que no puedan encontrarte! No me busques más, porque yo ya estoy perdido. Si me vieras ahora, escaparías de mí.

Para entenderlo tendrías que ver lo que yo he visto, tendrías que saber lo que hay aquí abajo.

Si encontrase palabras para decirte lo que hay aquí, para contarte en lo que me he convertido, podrías enloquecer para siempre. ¡Vete, tú que aún estás a tiempo! ¡Vete y abandona lo que queda de mí! Cuando estaba leyendo estas palabras, oí un ruido que procedía de la pequeña habitación lateral. Me levanté y me acerqué a la puerta. Desde allí, desde aquel cuarto en penumbra, pude ver cómo alguien levantaba por dentro la trampilla de hierro y cómo un bulto informe se asomaba por el agujero. Doy gracias porque fuese ya casi de noche y porque todo estuviese a oscuras, doy gracias por no

haber visto nada con claridad.

Tan sólo pude distinguir, en aquel bulto repulsivo, unos ojos brillantes que parecían transmitir todo el horror que un humano es capaz de concebir. Unos ojos que se me quedaron mirando de una forma indescriptible. Pero no fue esa mirada lo que me hizo enloquecer, no fue eso lo que me hizo huir de allí y refugiarme en la habitación en la que estoy ahora. No, lo que me hizo enloquecer fue la voz que desde aquel momento taladra obsesivamente mis oídos. Una voz que parecía salir de unas profundidades inimaginables, una voz que me gritó:

—¡Vete, Xavier! ¡Tienen hambre! ¡Vete y no vuelvas más!

Porque en aquellas palabras, y esto fue lo que me enloqueció de forma definitiva, aunque horriblemente deformada, pude reconocer la voz que en otro tiempo había sido la de mi amigo Adrián.

Han pasado ya dos días desde que ocurrieron los hechos que acabo de contar. Dos días en los que he permanecido en esta misma habitación, resistiendo gracias a los alimentos que he subido de la cocina, dejando pasar las horas sin hacer otra cosa que respirar, como si todos mis miembros estuviesen paralizados. Paralizados, sí, porque esa voz me ha dejado como vacío de pensamientos, y ese hueco lo ha ocupado un horror que no sabría describir aunque quisiera, porque ahora sé que estoy delante de cosas que no pertenecen a este mundo que habitamos los humanos.

Ya sé que debí irme antes, cuando aún estaba a tiempo. Pero me doy cuenta de que no hay remedio, siento que ahora no puedo salir de aquí.

Dentro de mí crece una fuerza que me llama, que me empuja a entrar en la oscura cripta sobre la que se alza esta casa, como si yo fuese un trozo de hierro dominado por un potente imán.

Algo me dice que me quedan muy pocas horas para reunirme con Adrián.

A través de la ventana acabo de escuchar la voz de Bieito. Tengo que decirle que espere un momento. Ha sido arriesgado bajar al salón y telefonarle rogándole que viniera, pero era la única manera de conseguir que estos papeles lleguen a su destino. Ahora voy a abrir la ventana y pedirle que lleve esto al correo. Porque voy a meter en un sobre este escrito, que acabaré ahora mismo, junto con las cartas y las fotos que me mandó Adrián. Le enviaré todo a mi hermana, con las indicaciones sobre lo que debe hacer. Así al menos evitaré que otras personas se vean atrapadas como en este momento lo está Adrián y como muy pronto lo estaré yo.

Porque no me hago ilusiones y sé que la resistencia que puedo oponer es muy pequeña. Todavía tengo alimentos para varios días, pero la noche pasada me pareció oír cómo unas garras arañaban la puerta, y no quiero ni imaginar a quién pertenecen. La puerta es resistente, pero supongo que a duras penas aguantará algunas noches más. Si durante esas horas oscuras vienen a por mí, tendré que enfrentarme al horror que acecha desde el otro lado. Pero si consigo ver otra vez la luz del amanecer, quizá

pueda reunir fuerzas para mi última acción: bajar a la cripta y meterme dentro con la única arma que me queda, el fuego, el fuego purificador. Desde los tiempos más antiguos se vienen haciendo sacrificios con fuego; me acuerdo perfectamente de Moisés y de la zarza ardiendo. Si es preciso que muera para salvar a Adrián, para salvar a la humanidad, para salvarme yo, estoy dispuesto al sacrificio. Por eso pongo fin ahora a este escrito, sabiendo lo que me espera, con la certeza plena de que nunca saldré de aquí.

Capítulo 12

El incendio que se produjo durante la noche del 28 al 29 de abril, y que dejó aquella casa completamente destruida, no habría merecido más que un pequeño espacio en los periódicos si no hubiese sido porque muy pronto se relacionó con la desaparición de Adrián Novoa, el famoso pintor, y la de su amigo Xavier Louzao, el escritor gallego de fama mundial. Las noticias del violento incendio y de la consiguiente investigación policial, los reportajes sobre los dos artistas, los artículos sobre sus respectivas obras ocuparon durante días una buena parte de las páginas de los periódicos, y los sucesos merecieron también un exhaustivo seguimiento por parte de las emisoras de radio y televisión.

El día 28, por la tarde, Teresa Louzao estuvo en la comisaría de policía, donde habló con el inspector Soutullo y le permitió leer los documentos que contenía el sobre que había recibido de su hermano. El encuentro resultó mucho más fácil de lo que ella había pensado, ya que el inspector comprendió perfectamente su angustia y la necesidad de actuar con rapidez. Después de discutir sobre lo que correspondía hacer, tomaron la determinación de ir a la casa de Doroña para saber si había algo de cierto en aquellos hechos fantásticos que se contaban en los papeles o si, en el mejor de los casos, no era más que una invención de Xavier o el borrador de una nueva novela. Soutullo necesitaba varias horas para arreglar antes algunos asuntos pendientes, así que acordaron emprender el viaje al día siguiente por la mañana.

Salieron de Vigo muy temprano; todavía no eran las 7 cuando cogieron la autopista en el nudo de Isaac Peral y pusieron dirección a Ferrol. Los dos iban en silencio, dejando que la radio ocupase el lugar de sus conversaciones. Teresa, concentrada en la conducción, miraba de vez en cuando al inspector, que parecía ensimismado en la contemplación del paisaje. A la altura de Padrón escucharon la noticia del incendio. En aquel boletín de urgencia, muy breve, el locutor sólo mencionó que se había declarado un aparatoso incendio en una casa de la parroquia de Doroña, sin dar ningún dato más, pero ellos comprendieron inmediatamente que no podía ser otra más que la que había comprado Adrián, la casa desde la que Xavier les había escrito su largo mensaje.

No fue fácil el trayecto hasta Doroña, que hicieron guiándose por las indicaciones de las cartas. El viejo torreón de los Andrade, la iglesia de la parroquia, el lavadero público... Ninguno de los dos había estado nunca en aquellos parajes, pero tenían la sensación de recorrer un territorio conocido.

Desde donde aparcaron el coche, frente al bar Stuttgart, se veía ya una espesa columna de humo gris que subía hasta el cielo. Cuando llegaron a la casa, alrededor de la cual se habían congregado numerosos vecinos, pudieron comprobar que no había nada que hacer. El edificio encerraba gran cantidad de madera, lo que había facilitado la propagación de las llamas. El fuego lo había devorado todo y sólo quedaban en su sitio algunas vigas renegridas. El techo se había derrumbado

completamente, así como toda la pared trasera. Sólo permanecían en pie las paredes laterales y algún tabique interior. Desde fuera, el conjunto parecía el oscuro esqueleto de algún animal prehistórico.

La intervención de los bomberos, desplazados desde Ferrol, sólo sirvió para que las llamas cesasen y se pudiese entrar sin peligro en la casa.

La policía movilizada para investigar el caso encontró en el interior lo que quedaba de los muebles y otros objetos domésticos, completamente quemados, así como los restos de numerosos cuadros y libros. Pero no encontró ningún rastro de los cuerpos de los dos amigos, por lo que cabía pensar que no estaban en el edificio en el momento de producirse el incendio. Sin embargo, el hecho de que los coches de Adrián y Xavier siguiesen aparcados en el pequeño prado que había enfrente de la casa contradecía la hipótesis de su marcha, a menos que se hubieran ido andando o en algún otro vehículo. La investigación dejó claro muy pronto que el incendio se había iniciado en la cocina y que tal vez había sido intencionado; las latas de gasolina que se encontraron, como reventadas, así parecían atestiguarlo.

Teresa y el inspector Soutullo, después de identificarse, declararon ante las autoridades que dirigían los trabajos. Nada dijeron de los documentos que únicamente ellos conocían, alegando que el motivo de su presencia era visitar a Xavier y a Adrián, y que habían topado con la desgraciada coincidencia de llegar el mismo día en que se había declarado el incendio. Cuando obtuvieron permiso para entrar en lo que quedaba de la casa, con la discreta vigilancia de uno de los policías, se centraron en la búsqueda de indicios que ayudasen a comprobar lo que había de cierto en las extrañas cartas de Adrián y en el largo documento de Xavier. Un documento en el que era fácil encontrar algunas contradicciones: ¿no decía Xavier que no había visto el coche de Adrián? Sin embargo, su coche estaba allí.

Decidieron que en la cocina debían comenzar las pesquisas que dieran respuesta a tantas preguntas.

La cocina comunicaba, tal como decían las cartas, con una pequeña habitación lateral que daba a otra de dimensiones más reducidas, quizá destinada a cumplir la función de bodega. Cuando estuvieron solos en aquella celda, apartaron los cascotes, los restos de madera quemada, la ceniza y todo lo que impedía ver el suelo de cemento. Con una mezcla de desilusión y de alivio, pudieron comprobar que allí no había ninguna trampilla, que el cemento del suelo estaba completamente liso. Adrián y Xavier, por alguna extraña razón, habían mentido en aquel punto decisivo de sus escritos.

El día entero se les fue en declaraciones a las autoridades y conversaciones con los vecinos. En un aparte, los dos decidieron que había que investigar los alrededores más a fondo aprovechando las facilidades que le daban a Soutullo por el hecho de ser policía. Cuando se hizo de noche, conscientes de que allí ya no se podía hacer más hasta el día siguiente, bajaron a Pontedeume y alquilaron sendas habitaciones en el hotel. Mientras trataba inútilmente de dormir algunas horas, Teresa le daba vueltas en

la cabeza a todos los acontecimientos de los últimos días, intentando encajar las piezas de un rompecabezas que no parecía tener sentido. Confiaba en Soutullo, naturalmente; nadie mejor que él para encontrar cualquier indicio. Pero algo le decía que ella era imprescindible allí, que aún no estaba todo perdido para Xavier y Adrián.

La conclusión de Soutullo, después de una investigación minuciosa que se prolongó durante los dos días siguientes, fue la misma que la de las autoridades: ni Adrián Novoa ni Xavier Louzao podían darse por muertos, ya que no había aparecido resto alguno que permitiese asegurar que estaban dentro de la casa cuando se produjo el incendio. Oficialmente se les dio por desaparecidos, lo que hizo que algunos periódicos especulasen con las más dispares explicaciones sobre lo que les podía haber ocurrido a los dos artistas. Conociendo el carácter excéntrico de Adrián y la vida cosmopolita que ambos llevaban, entraba dentro de lo posible que estuviesen lejos de allí y que acabasen dando señales de vida en los meses venideros.

Ante la evidencia de que ya no había nada que hacer en Doroña, el inspector Soutullo decidió regresar a Vigo; hombre pragmático, renunció a encontrar una explicación a tantas preguntas que, como muy bien sabía, quedarían sin respuesta. Sin embargo, Teresa se resistía a abandonar el lugar y no aceptaba aquellos informes que adivinaba faltos de sentido. Telefoneó al centro de salud y pidió unos días de permiso, alegando las circunstancias en las que se encontraba. Después se instaló de forma más estable en el hotel de Pontedeume, decidida a no irse de la zona hasta que supiese con certeza lo que les había pasado a su hermano y a Adrián, su amor secreto. Adivinaba que en sus cartas, en lo escrito por Xavier, se escondía algo más que un juego literario. Sin saber por qué, algo la impulsaba a creer en la verdad de lo que decían los papeles contenidos en aquel sobre, aunque hablasen de hechos que desafiaban todas las reglas de la lógica de este mundo.

Con el paso de los días, el interés por todo lo referido al incendio fue decayendo entre los vecinos de la aldea, que, sin embargo, evitaban acercarse a la casa e incluso daban largos rodeos para no tener que pasar por delante. Ya se habían acostumbrado a la presencia de Teresa, que todos los días subía en su coche a Breanca y consumía las horas caminando sin rumbo fijo por los alrededores de la casa quemada, que ejercía sobre ella una atracción que no sabía explicar. La casa la atraía tal como el imán atrae al hierro, por usar las palabras que había usado Xavier. Además, a veces le parecía que algo o alguien estaba cerca de ella, como una oscura presencia. En ocasiones, mientras caminaba por algunos de los estrechos caminos de la aldea, había experimentado una intensa sensación de peligro, como si alguien se le acercase por detrás con la intención de hacerle daño: una sensación que la había hecho volverse, asustada, para comprobar, una y otra vez, que estaba completamente sola. O, como ella misma pensaba, para comprobar que la presencia que acechaba sus movimientos no era humana.

Una tarde decidió acercarse a la zona de As Croas en busca de los restos de un sepultado castro celta; era un lugar en el que los vecinos situaban muchas leyendas,

como había comprobado en las largas conversaciones que había sostenido con algunos clientes del Stuttgart. Algunas de esas historias parecían guardar relación con el emplazamiento de la casa, situado a poca distancia, lo que suscitó en ella el deseo de explorar aquellos restos.

Muy pronto localizó la zona, sirviéndose de las indicaciones que le habían dado. Algunos montículos en el suelo señalaban con claridad el lugar en el que estaban enterradas las paredes de las distintas construcciones del castro. Teresa se sentó en el hueco de una roca que sobresalía de la tierra como si fuese un monolito. Contempló los montes de los alrededores, llenos de pinos y eucaliptos, a pesar de que, de vez en cuando, una mancha de un verde más claro indicaba la presencia de restos de bosque autóctono que todavía resistían a la invasión. La tarde era hermosísima y todo el cielo estaba iluminado por el resplandor rojizo del atardecer. Siempre había oído que los antiguos celtas hacían sus castros en lugares elevados para defenderse de sus enemigos, pero a ella le parecía que también debía de ser para poder contemplar la belleza de la tierra, el inmenso espectáculo de la vida desarrollándose ante sus ojos.

En un momento dado le pareció ver algo extraño en el suelo, al lado de unas retamas próximas. Se levantó y fue a ver qué era aquello que le había llamado la atención. Cuando cogió el objeto, se dio cuenta de que se trataba de un grueso libro, encuadernado en piel, completamente chamuscado. Lo reconoció al momento; antes de leer el título su corazón había empezado ya a latir aceleradamente. Era, sin duda, el libro de grabados del que habían hablado Adrián y Xavier en sus escritos. ¿Cómo habría llegado hasta esa zona, que estaba a más de medio kilómetro de distancia de la casa? Con la excitación contenida, comenzó a pasar las hojas, chamuscadas por los márgenes. Miró cada uno de los grabados con atención, esperando encontrar aquel que ya conocía tan bien gracias a las fotos que había examinado tantas veces, preguntándose si en aquella imagen de la habitación y de la chica encontraría algún indicio que la ayudase a revelar el secreto que estaba tratando de desentrañar.

Por fin, al pasar una de las hojas, el grabado que buscaba se presentó ante sus ojos. Aquélla era la habitación que había visto en las fotos, no cabía duda alguna, aunque lo que estaba viendo no se pareciese en nada a lo que esperaba. Teresa creía estar preparada para cualquier cosa, pero lo que vio en el grabado golpeó violentamente su cerebro y la dejó helada de espanto. Sintió un mareo que le hizo soltar el libro y tuvo que apoyarse en la roca para no caer. De repente, vio cómo todas las piezas del rompecabezas encajaban en su sitio y comprendió de forma definitiva que ya no tenía sentido alguno su espera.

Pero entonces supo también lo que debía hacer. Parecía que una voz interior le dictaba los movimientos. La invadió la certeza de que existía algún hilo conductor que llevaba desde aquel libro maldito hasta las fuerzas que se escondían en la cripta. Pero si el libro servía para que esas fuerzas llegasen al exterior, algo le decía que también podía servir para su destrucción.

Cerró el libro y, con pasos decididos, se encaminó hacia donde había dejado el

coche, cerca de lo que quedaba de la casa. Cuando llegó al vehículo, abrió el maletero y cogió el sobre que contenía todas las cartas que había recibido de Xavier. Buscó entre otros objetos que guardaba allí hasta que encontró lo que quería: las pastillas para encender fuego que utilizaba cuando iba de acampada.

Con ellas en la mano, se adentró en las ruinas de la casa y se dirigió al lugar donde, a juzgar por las descripciones de las cartas, tenía que estar la trampilla que daba paso a las escaleras subterráneas que conducían a la cripta. Limpió de ceniza el suelo hasta dejar el cemento al descubierto. Después volvió a salir y recogió hojas secas, retamas, helechos, palos y todo aquello que podía arder con facilidad. Volvió al coche para coger también algunos periódicos viejos que llevaba en el asiento trasero.

Lentamente, encima del lugar elegido, fue haciendo una pirámide con aquellos materiales, colocando las pastillas en la base. Cuando estuvo todo amontonado, le prendió fuego a una de ellas con una cerilla. Las llamas aparecieron muy pronto y se extendieron con rapidez por todo el material seco.

Teresa alimentó el fuego con palos que encontró por las inmediaciones hasta que formó una hoguera enorme, que produjo una gran cantidad de brasas. Después, sin dudarle, con la firme determinación que la invadía desde hacía media hora, echó al fuego el libro de los grabados y el sobre que le había enviado su hermano, con todos los documentos dentro. Al principio, el libro pareció negarse a arder, incluso estuvo a punto de apagar el fuego. Pero al poco tiempo las llamas fueron venciendo aquella resistencia y acabaron por hacer presa en los papeles, que empezaron a arder con intensidad.

Quizá Teresa ya esperase algo así, porque no se sorprendió en absoluto cuando la tierra comenzó a vibrar bajo sus pies y el cemento del suelo se llenó de grietas, como si algo subterráneo estuviese a punto de explotar. A la vez se presentó un aire frío que la hizo temblar como si de repente el día se hubiese convertido en una helada jornada de enero. Las ramas de los árboles más próximos se movieron violentamente y sintió que aullaban los perros de las casas vecinas.

Un griterío subterráneo, que parecía venir de lo más profundo de la tierra, fue creciendo hasta hacerse insufrible, y tan ensordecedor que creyó que se le habían perforado los tímpanos. Pero Teresa permaneció firme, sin pensar en nada, plantada en el cemento como un menhir, mirando obsesivamente las llamas que se retorcían en el aire, hasta que todo lo que había echado al fuego acabó convertido en cenizas. En ese momento, el ruido, los temblores y el aire frío alcanzaron su mayor intensidad, pero después fueron disminuyendo con rapidez, hasta desaparecer por completo. El silencio y la quietud se adueñaron de la tarde.

Cuando acabó todo, Teresa salió de las ruinas y caminó hacia el lugar donde había dejado el coche. La embargaba la sensación de que todo había terminado. Ahora tenía la seguridad de que la maldición que se ocultaba en la casa estaba definitivamente vencida, de que nadie tendría que enfrentarse nunca más a aquel horror.

Montó en el coche y arrancó sin mirar atrás.

Sabía que iniciaba un largo viaje, un viaje que la llevaba hasta el mundo real y que la apartaba para siempre de un mundo de cuya existencia hasta entonces ni tan siquiera había sospechado.

Con las manos firmemente agarradas al volante.

Con la mirada fija en la carretera, sintió que para ella ya nada sería nunca igual. Porque ahora sabía con certeza que nunca más vería a Adrián y a Xavier en el mundo de los vivos. Pero confiaba en que, por lo menos, pudiesen descansar en paz durante toda la eternidad.



AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ (Villalba, Lugo, 29 de mayo de 1947-Vigo, Pontevedra, 12 de julio de 2016) fue un escritor español en lengua gallega. Licenciado en Ciencias de la Educación, trabajó como profesor de EGB (la actual Educación Primaria) en el Fogar de Santa Margarida (A Coruña) y en diferentes centros, y más recientemente como profesor de Lengua y Literatura Gallega en el IES Os Rosais 2 de Vigo hasta su prejubilación en 2007, ganando al año siguiente el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil.